



Ps. MIGUEL ROSELL

*LA ELECCIÓN DE DIOS...y la responsabilidad
del hombre*



www.centrorey.org | Ps. Miguel Rosell Carrillo

Este estudio ha sido editado por
SANA DOCTRINA. Sanadoctrina.org
En el formato libro, tamaño A5 (mitad de A4)
Con el sólo propósito de ser
Impreso, encuadernado y anillado.
Sin alterar el texto original, respetando
La autoría del escritor.

LA ELECCIÓN DE DIOS... y la responsabilidad del hombre

Por
Miguel Rosell Carrillo

PREFACIO

INTRODUCCIÓN

PARTE I. ANTECEDENTES

1. Adán, el precursor

La sombra de muerte en la que el hombre está

2. La ausencia del verdadero libre albedrío en el hombre natural

Meditando sobre Adán:

El pecado original

Tal es el corazón, tal es el hombre

3. La depravación total humana:

La depravación total y la absoluta

El conflicto interior del salvo; la auto complacencia del perdido

La soledad de muerte del impío

La amplitud de la naturaleza de perdición

4. ¿Cualidades humanas, o cualidades de Dios en el hombre?:

La evidencia de un Creador

La elección de Dios a Israel, y la previa no elección a los gentiles

PARTE II. LA ELECCIÓN DE DIOS EN CUANTO A SALVACIÓN;

Fundamentando doctrina

Preliminares

“Creer o cómo creer”, esta es la cuestión

El Hijo es quien revela

1. La elección de Dios para la salvación:

¿Ha ofrecido Dios la salvación a todos los hombres por igual?

¿Es injusto que Dios elija?

Sobre el asunto de la imposibilidad de elección del hombre

Dios es quien habla, y el hombre escuche:

Dios no hace acepción de personas

2. La elección de Dios; avanzando en la doctrina:

La Elección y los Decretos

La salvación es de Jehová:

La seguridad en cuanto a la elección

El contraste entre la elección y la recepción

3. Entendiendo acerca de la presciencia divina:

El motivo de la elección: el amor de Dios a los suyos

Cuando no existe incompatibilidad alguna entre la elección, la responsabilidad humana y los sentimientos divinos

Comentando Juan 3: 16, 17

¿Existe por parte de Dios la elección o predestinación para condenación?

PARTE III: LA RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE

1. El incrédulo, es responsable de rechazar a Cristo:

A. La conciencia en el hombre natural

B. El contraste de la imposibilidad de creer para el impío y su responsabilidad por no hacerlo

Sólo puede creer aquel al que se le concede:

En términos de responsabilidad humana

2. La responsabilidad del creyente

Citas

PREFACIO

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55: 8, 9)

La mente de Dios es inalcanzable. Sus caminos son inaccesibles. Si alguna cosa sabemos de Dios, es porque Él nos la ha dado a conocer. La tentación nuestra es la de limitar a Dios por nuestra propia incapacidad de comprender lo Inaccesible. No debemos hacer eso. No podemos cuestionar a Dios, no podemos cuestionar su doctrina. Y sin embargo, es Su voluntad que crezcamos en Su conocimiento siempre:

“Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal” (Hebreos 5: 13, 14).

“...para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4: 14, 15).

Creciendo en el Señor; madurando en el Señor; conociendo a Dios, en el temor de Dios.

(Hechos 17: 11) “Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así”.

Como en todos los asuntos divinos hacia el hombre, cada uno puede, según quiere, entender esto o aquello. Están los que quieren, según Dios, entender las cosas reveladas, y están los que, según ellos mismos y sus prejuicios religiosos y denominacionales, etc. pretenden entender las cosas de Dios, defendiendo lo indefendible.

Esa ha sido la realidad del hombre profesante todo el tiempo de su peregrinación en esta dispensación de la gracia. De ahí que a la postre, todos los verdaderos creyentes nos encontraremos ante el Tribunal de Cristo llegado el día. ¡Imaginemos, por tanto, donde irán a parar los falsos hermanos!

En este libro, estaremos exponiendo la verdad que se desprende de la Palabra de Dios, emanando por ello, doctrina. Es cierto que la Palabra de Dios nos dice que ahora vemos por espejo, oscuramente (*1 Co. 13: 12*), lo cual indica que no todo lo de Dios y al detalle lo podemos ver y aun entender como debe ser, de manera detallada. No obstante, por otro lado, la misma Palabra nos insta a buscar para hallar; a ser noble como aquellos bereanos pues escudriñaban las Escrituras cada día (*Hchs. 17: 11*). Por lo tanto, y aun a tenor de no poder entenderlo absolutamente todo, Dios quiere que le busquemos, en el estudio de Su Palabra, con la mente espiritual abierta, libre de tradicionalismos y de prejuicios religiosos.

(Efesios 5: 15-17) “Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor”.

Dios quiere que entendamos Su Palabra para ponerla en práctica, porque la misma nos exhorta hacia la santificación (*Ro. 6: 19; 6: 22; 1 Ts. 4: 3, 7*), y la santificación consiste en el apartarnos más y más de todo aquello que desagrada a Dios, para hacer lo que le agrada a Dios, en el poder y guía del Espíritu Santo, de ahí que requiramos una doctrina ajustada a plomada. ¿Es eso posible? Sí lo es.

Las argumentaciones teológicas y aún las controversias teológicas, pueden ser buenas, porque ayudan a los verdaderos creyentes a buscar la verdad, haciendo que salgan de sus comodidades. Cierto es, por contrapartida, que no son buenas para los hermanos que no aman suficientemente la verdad, pero eso simplemente es por su pecado.

Pero como en todas las cosas que le pertenecen a Dios, y Él por Su bondad y misericordia nos ha revelado, es menester despojarnos de todo peso y prejuicio, que a la postre es pecado, y buscar, atendiendo, como niños, con el corazón y mente abiertos, la luz del Espíritu Santo sobre la Biblia, que es Su Palabra, para recibir Su asistencia, dirección y entendimiento.

Por encima de las controversias propias de los hombres, de los bandos y de las objeciones, y muy al contrario de las voces que se levantan asegurando que es imposible llegar a cierto conocimiento sobre los temas de la salvación, lo cierto es todo lo contrario. Sí se puede, y se puede, no porque haya o haya habido mentes grandiosas y prodigiosas que hayan expuesto sus teorías, sino porque grandiosamente se nos ha revelado lo concerniente a este singular

tema, tan sumamente odiado por el diablo y la carne, y absolutamente ausente de los planteamientos cotidianos de este mundo.

¡La salvación es una cuestión que nos atañe al cien por cien a todos aquellos que creemos, y que es real, verdad, y segura!

Hace poco me fijé en el encabezamiento de una conferencia de cierta iglesia en cierto país, que decía así *"... la seguridad eterna; un peligroso virus que está entrando a la iglesia"*, y que como el mismo título indica, se trataba de negar la seguridad de la salvación aduciendo que tal enseñanza es un peligroso virus que está entrando en la Iglesia. ¡Ese título sí es un virus mortal! La verdad es otra muy diferente; la seguridad eterna es la verdad que predicó Cristo y luego sus apóstoles, *"Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos" (Juan 10: 9) "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo..." (Hchs. 16: 31).*

Dígame, ¿Para qué sirve una fe que no garantiza la salvación?

Los asuntos salvíficos son de las cuestiones teológicas más abandonadas del magisterio en las iglesias en estos días, y sin embargo son las más importantes para los creyentes, razón de más para que busquemos el cambiar esta tendencia. Hagámoslo, no por controversia, no por contienda, sino por amor a Dios, quien nos ha regalado una salvación tan grande, la cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron (He. 2: 3). Honrémosle así.

INTRODUCCIÓN

"Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Romanos 9: 16).

Si creemos que la salvación no se puede perder, hemos de fundamentar esto en la doctrina de la elección de Dios, porque como es el designio de Dios, así se hace. Tal y como Dios lo decretó desde antes de la fundación del mundo, así todos sus escogidos serán salvos, porque en Su economía ya son salvos.

El que por el contrario enseña que la salvación (cuando verdadera) se puede perder, está negando implícitamente la elección de Dios, y por

tanto está haciendo de Dios un ser falible, que se equivoca, que no tiene el poder suficiente para que se haga Su voluntad. Evidentemente, y en este punto, esto es un planteamiento, ya no herético, sino blasfemo.

“...Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad...Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” (Filipenses 2: 14; Romanos 11: 29).

Por otro lado, los que pelean contra las doctrinas de la gracia, tienen un especial horror a que se predique y se enseñe que la salvación no se puede llegar perder, y esto es así por varios motivos, uno de ellos es por un mal entendimiento de lo que significa la santificación, llegando a creer que salvación y santificación son una misma cosa, en vez de la verdad, cual es que la santificación es consecuencia de la salvación. Por tanto vienen a enseñar que la salvación es un asunto del esfuerzo humano, lo que la Biblia denomina: obras, contradiciendo la misma revelación que asegura que la salvación no es por obras, para que nadie se gloríe (*Ef. 2: 9*).

No obstante, la Palabra de Dios asegura que la salvación, al ser un asunto estrictamente de lo Alto (elección de Dios) contempla la imposibilidad de la pérdida de la misma. Dicho de otro modo, la elección y la imposibilidad de la pérdida de la salvación van de la mano. Nuestra salvación es eterna, y siéndolo, ¿quién puede atentar contra la eternidad?

Como proclamó en su día Charles H. Spurgeon: *"Si yo creyera lo que algunos predicán acerca de una salvación temporal y falsa, que sólo dura por un tiempo, escasamente estaría agradecido por ella. Pero cuando sé que a quienes Dios salva, Él los salva con una salvación eterna, cuando sé que Él les da una justicia eterna, cuando sé que los establece sobre un fundamento eterno de amor eterno y que Él los llevará a Su reino eterno, ¡oh, entonces sí me maravilla y me sorprende que una bendición así me haya sido otorgada a mí!—"*

El problema de creer que se puede llegar a perder la salvación, es que uno puede estar continuamente, y en un momento dado, en temor de perderla, ya que todavía pecamos (*1 Juan 1: 8; Romanos 7ss*). Esto es un sin vivir. Sin embargo si creemos la verdad, que la salvación es eterna, y la vida eterna empezó para los verdaderos creyentes cuando conocimos al Señor (*He. 10: 14; Ro. 8: 29, 30, etc.*), entonces eso produce en nosotros PAZ en Cristo, y un consiguiente fruto de vida en Él por Su Espíritu, y nos prepara para el

ARREBATAMIENTO que está a las puertas, de manera amplia y generosa (2 Pr. 1: 11).

En cuanto a la Elección, tema que será muy recurrente en esta obra, por su mismo título, hay que entenderlo como vital a la hora de contemplar todos los asuntos salvíficos, por ello, el problema es que si decimos que el hombre puede decidir ser salvo, entonces le hacemos partícipe de algo que jamás se le otorgó hacer desde el Cielo, y las consecuencias son terribles, porque si decimos que decidió ser salvo, luego también por necesidad ha de mantener esa salvación y con sus esfuerzos (méritos, obras,) y eso la Biblia lo niega (Ef. 2: 9).

Por otro lado, si tiene que mantener esa salvación, la "puede perder", y ese es el gran dilema en el que indebidamente muchos están. En cambio, si tuvieran una buena teología salvífica, no les pasaría eso; vivirían con más paz en estos días difíciles en los que nos ha tocado vivir sobre la tierra.

Otro aspecto que nos tocará entender, es en cuanto al propósito ulterior de la elección de Dios, y nos hemos de dar cuenta de que no es meramente el de salvar a algunos hombres, y así que eviten ir a la condenación eterna, sino el que esos hombres salvados sean hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que él sea el primogénito de muchos hermanos (Ro. 8: 29). Hemos de darnos cuenta en lo posible, acerca del plan soberano y magnífico de Dios, efectuado antes de la fundación del mundo, y que tendrá su perfecto cumplimiento en el estado eterno.

Por lo tanto, y en este sentido, comprobaremos que como consecuencia de la Elección de Dios, está la responsabilidad del hombre llamado por Dios, y la del incrédulo, por ello queremos aquí resaltar que la Elección de Dios y la responsabilidad del hombre, que algunos han pretendido ver en ello un concepto antagónico, no es así, ni mucho menos.

Veremos otros aspectos respecto a la elección y la responsabilidad, intentando dar respuesta a preguntas como: "*¿Por qué, a pesar de que hombres impíos son injustos, hay hombres moralmente mejores que otros?*", "*¿Será porque los que son mejores lo son conforme a su virtud intrínseca?*"; "*¿Dónde empieza la elección soberana de Dios, para dar cabida a la responsabilidad humana?*"

En estas y otras preguntas, se buscará el obtener respuestas. Como pequeño anticipo diré aquí que en modo alguno se elude la responsabilidad del hombre en aras de una elección divina.

Los elegidos por Dios son los que se salvan; esto es verdad bíblica; por contra, los no elegidos, se pierden, porque ya están perdidos (*Juan 3: 17, 18*). Es así de sencillo. Dios rige el Universo, y el hombre no puede regir su alma, alma que está en condenación, por su naturaleza y su propio pecado. Un muerto no se mueve; sólo Dios resucita a los muertos. Sólo Dios es el protagonista aquí. Sólo Dios.

PARTE I. ANTECEDENTES:

Vemos a los hombres y a las mujeres deambular por calles y plazas, y pensamos, mira están vivos, pero no, están muertos, la mayoría están muertos, están espiritualmente muertos, todos ellos, los no creyentes.

Todos esos muertos, son la posteridad de Adán “...*en Adán todos mueren...*” (*1 Co. 15: 22*). Y esa muerte se originó en el primer pecado del hombre. El apóstol Pablo dirigiéndose a los cristianos de Éfeso, les asegura que antes de ser salvos, estaban muertos: “*estabais muertos en vuestros delitos y pecados*” (*Ef. 2: 1*). Les asegura diciendo que en el contexto de esa muerte espiritual, andaban siguiendo la corriente de este mundo, conforme, o en conformidad al príncipe, o principal de la potestad del aire, el diablo, cual es el mismo espíritu que está operando en todos los que son hijos de la desobediencia (*Ef. 2: 1, 2*).

Ese espíritu de maldad y muerte en el que el hombre natural está, le lleva a los placeres, o a la auto complacencia, y aun viviendo físicamente, está muerto (*1 Ti. 5: 6*).

1. Adán, el precursor

Esta es la realidad de todo ser humano, y específicamente de todos los hombres que no tienen a Cristo. ¿Cómo se originó todo este estado lamentable? Para ello debemos ir de vuelta a Adán y entender lo que ocurrió.

Cuando Adán cometió su primer e irreversible pecado, experimentó una conversión al mal. De ser de naturaleza perfecta, ya que lo que hizo Dios todo era bueno en gran manera (*Gn 1: 31*), pasó a recibir una naturaleza pecaminosa de muerte (*Ef. 2: 3*).

Adán fue un ser creado inocente, ausente del mal. Su naturaleza como ser humano era pura y limpia, no por sí mismo, sino por causa del efecto creador de Dios, Quien todo lo había hecho bueno en gran manera (*Gn. 1: 31*). Por tanto, la santidad que tenía era pasiva, es decir, su carácter no había sido probado. En cuanto a esto último, Adán disponía de un verdadero libre albedrío, en este caso, para permanecer en Dios, o desobedecerle.

Antes de la caída, no había desarrollado todavía un carácter moral probado, aun y así, él conocía la diferencia entre lo moralmente bueno o lo malo, ya que no era un niño, por lo tanto era responsable ante Dios de sus decisiones y actos. Dios no hizo a un infante, hizo a un hombre maduro. A pesar de que no tenía pasado, ni experiencia alguna que le hubiera aportado conocimiento o alguna virtud aprendida, no es menos cierto que había obtenido de Dios la madurez para responsabilizarse de sus acciones.

El hombre en el huerto del Edén, antes de su caída, dependía de la comunicación directa con Dios en cuanto a todas las cosas, tanto físicas como espirituales, ya que de ese modo fue creado (*Gn. 2: 7, 19*).

La sombra de muerte en la que el hombre está:

Una vez cayó, y esa comunicación con todo lo que implicaba fue rota y cortada, Dios ha visto al hombre en un estado de "densas tinieblas" y en "valle de sombra de muerte". La expresión "sombra de muerte" es reiterativa en la Biblia, que describe el estado real del ser humano (*Job 3: 5; 10: 21; 34: 22; S. 23: 4; 107: 14; Is. 9: 2; Jer. 13: 16; Mt. 4: 16, etc.*).

Las tinieblas que experimentan las naciones gentiles y los gentiles de todas las naciones, además de la ceguera satánica (*2 Co. 4: 3, 4*) que muchos experimentan, viene directamente de la caída. El inconverso, generalmente hablando, no es consciente de su condición, y por ello tantas veces niega, o no admite aquellos pasajes de la Escritura que describen su condición de perdido.

Esas tinieblas interiores, y sus obras infructuosas (*Ef. 5: 11*), consecuencia de la muerte espiritual, impiden que el impío por sí mismo pueda siquiera ser consciente de su necesidad de Dios. Este hecho lo explicó Jesús con mucha claridad a sus discípulos refiriéndose a aquellos fariseos de su tiempo: "*Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será desarraigada. Dejados; son ciegos guías de ciegos; y si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo*" (*Mt. 15: 13, 14*).

A pesar de ser gente religiosa, y por tanto pretendiendo temer a Dios, o tenerle en cuenta, esos hombres no eran capaces de acercarse a Dios por ellos mismos. Como apuntó el Señor, sólo lo que el Padre ha plantado, puede crecer y desarrollarse espiritualmente, lo demás, no. Lo demás es simple presunción. Eso nos lleva a la siguiente escritura muy aclaratoria, dicha por el mismo Señor Jesús: *“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6: 44).*

2. La ausencia del verdadero libre albedrío en el hombre natural:

Volviendo a Adán, la diferencia entre el primer hombre antes de la caída y del hombre natural, es que este último, por su naturaleza de depravación total - a diferencia de Adán que sí lo tuvo - no tiene un verdadero libre albedrío, ya que le es imposible elegir a Dios, por cuanto está cortado de Él. Nadie puede elegir lo que no conoce, por no poder conocerlo. Nadie puede elegir lo que no les dado a elegir.

Adán, cuando voluntariamente, y usando su libre albedrío pecó, y de la manera que lo hizo, inmediatamente murió espiritualmente, tal y como se lo advirtió Dios: *“Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Génesis 2: 16, 17).*

El día mismo de tomar de ese fruto prohibido, tanto Eva como Adán, murieron, y como consecuencia de ese pecado, se originó degeneración y depravación totales. Por ese pecado, y en ese pecado de rebelión a Dios se desarrolló una naturaleza caída, siempre inclinada al mal; y esa inclinación natural al mal ha sido la tónica en toda la raza humana desde entonces, impidiéndole al hombre, no sólo a través de su propia percepción, el ser consciente de su estado de perdición, sino el ser libre de buscar o elegir a Dios.

Ese pecado original, es la base y esencia de todos los pecados de todos los hombres, y la razón por la cual todos los hombres nacen pecadores; nacen con la naturaleza pecaminosa. Por un acto de pecado, Adán (que significa “hombre”) adquirió una naturaleza pecaminosa, por tanto, todos sus descendientes (“hombres”), nacen con la misma naturaleza de pecado.

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5: 12)

Esa naturaleza de maldad es la propia del ser humano. Constituye su modus vivendi, su modus operandi; su forma de ser. Es imposible que se pueda desprender de ella, y ni siquiera, en sí mismo, busca el desprenderse de ella. Al hombre natural le gusta pecar, es lo suyo; es conforme a su naturaleza; es lo propio de él. No hemos entendido todavía que un pecado no hace la naturaleza pecaminosa, en cambio, la naturaleza pecaminosa, propia del inconverso hace el pecado.

Meditando sobre Adán:

La libertad auténtica que tuvo Adán para desobedecer a Dios y rebelarse contra Él, no fue algo que se le escapó al Señor de Su control, como algo inesperado. Dios supo siempre que Adán iba a pecar, así como la humanidad pecó y murió en Adán. Dios está por encima de todo y de todos. Dios contaba con la desobediencia del primer hombre para a la postre hacer un bien mucho mayor a aquellos que Él escogió de antemano; glorificarlos y hacerles conforme a la imagen de Su Hijo; pero para eso, Su Hijo debía venir al mundo, morir, ser resucitado, y ser glorificado.

Si Adán no hubiera pecado al modo como lo hizo, la humanidad hubiera sido como Adán antes de caer, y la posibilidad de glorificación del Hijo, y la subsiguiente de sus hermanos pequeños, jamás se hubiera realizado. Ahora bien, nótese que Adán hizo como lo hizo en plena libertad, no tentado por Dios, porque Él no es tentado, y no tiente a nadie.

Adán no fue elegido y predestinado para pecar, lo cual es incongruente en Dios. Adán tuvo la verdadera oportunidad de hacer lo correcto, pero no lo hizo; aun y así, eso estaba ya en el conocimiento de Dios. Jesús, el postrer Adán tuvo toda la libertad del mismo modo, e hizo lo correcto, obedecer al Padre. Esto último también lo supo Dios de antemano.

El pecado original:

El primer pecado, llamado original, hay que considerarlo como corrupción de la naturaleza, es pecado en el sentido de culpa. Las antropologías semi-pelagianas, papales y arminianas difieren de la agustiniana y de la Reformada, pues niegan que en la corrupción de la naturaleza incluya la culpa. A eso sólo lo llaman desorden físico y mental que conduce al pecado, pero no lo consideran pecado en sí mismo (1), de ahí que se haya considerado por parte de los creyentes de esa línea de creencia, que el hombre sin Dios pueda en un momento dado buscar la reconciliación con Dios exclusivamente por sí mismo, lo cual imposible.

Leemos en *Génesis 8: 21* “...el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud...” Vemos que esto es cabal. Clarísimamente se ve que la intención del hombre desde que es consciente de sus actos es la maldad; es ir en la dirección opuesta a la voluntad de Dios, y a Dios mismo.

Tal es el corazón, tal es el hombre:

El *Salmo 14: 2, 3*, no puede ser más explícito: “*Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno*”. Este mismo pasaje tan revelador lo cita el apóstol Pablo, ampliándolo, el cual declara exactamente lo mismo que venimos diciendo, que no hay ningún ser humano que por sí mismo busque o tenga la posibilidad de buscar a Dios por causa de su naturaleza pecaminosa y su consecuencia. (*Ro. 3: 9-19*).

Leemos *Jeremías 17: 5, 9* “*Así ha dicho Jehová: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta de Jehová...Engañoso es el corazón más que todas las cosas y perverso; ¿quién lo conocerá?*”. Difícilmente se podría expresar de manera más clara el pensamiento de Dios respecto del hombre caído y degenerado. Tal y como es el corazón del hombre, el hombre es: “*Porque cuál es su pensamiento en su corazón, tal es él*” (*Prov. 23: 7*). El corazón del hombre define cómo es el hombre, y si la Palabra dice que ese corazón es engañoso y perverso, pues es claro cómo es el hombre por sí mismo, y en sí mismo.

Leemos *Juan 3: 6* “*Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es*”. Esta escritura es muy explícita en cuanto a la realidad del hombre natural, es decir, del hombre sin Dios, y la del hombre nacido de Dios: entes distintos. Lo que es nacido de la carne, es el hombre natural, el cual es eso, carne, y estas palabras de Jesús explican el hecho de que la corrupción es inherente en la naturaleza humana. Por el contrario, el hombre que ha nacido de nuevo, (*Jn. 3: 3*), sólo ese tiene la posibilidad de ver el reino de Dios, por haberse producido una completa renovación, operada por el Espíritu Santo.

Por causa de su libre elección de apartarse de Dios, Adán quedó sujeto a otro amo, a Satanás. Por ello, como dijimos arriba, el hombre sin Cristo funciona de acorde al espíritu que opera en los hijos de desobediencia: el hombre es esencialmente rebelde a Dios, constituyéndose enemigo de Dios.

La Biblia es clara en cuanto a que toda la raza humana se ha depravado y está depravada per se. Los que no pueden aceptar esto, seguramente es porque no han entendido lo que significa el estado de depravación. Paso a describirlo:

3. La depravación total humana:

Con el pecado original, la muerte entró en este mundo, tanto la muerte física, como la muerte espiritual. Esa segunda muerte entró en el mismo instante en que el hombre pecó por primera vez (*Gn. 2: 17*). La muerte espiritual tiene relación con la naturaleza de pecado que se trasmite. Dicha naturaleza se manifiesta de dos maneras: inclinación al mal, que es la que generalmente sirve para identificarla; y la depravación, que es la inhabilidad para hacer aquella clase de bien que puede agradar a Dios (2).

Si buscamos el definir mejor lo que es la muerte espiritual de la que venimos hablando, pues diremos que es: LA SEPARACIÓN ENTRE DIOS Y EL HOMBRE. Esa separación en lo espiritual fue total, de ahí la inhabilidad del hombre de siquiera ser consciente del Espíritu de Dios. El hombre pasó a ser un ser ajeno a Dios (no por Dios, sino por el hombre, por su pecado) - *Ef. 4: 18* "...ajenos de la vida de Dios...". Escribe Lewis S. Chafer: "*La muerte espiritual y la naturaleza de pecado son, pues, semejantes, en el sentido de que cada una manifiesta una vida de separación del conocimiento de Dios, de su vida, de su poder y de los beneficios de su gracia. La muerte espiritual es un estado. La naturaleza de pecado es el intento que hace el hombre caído de vivir en ese estado*" (3).

Así pues la naturaleza pecaminosa prescribe al hombre el vivir en muerte, y esta, muerte eterna. De ahí que la condenación es implícita en esa naturaleza.

La depravación total y la absoluta:

La depravación o corrupción de la naturaleza humana, es total. Cuando decimos que es "total", no decimos que es "absoluta". "Total" es en el sentido de que abarca la totalidad del ser humano: cuerpo, alma y espíritu. "Absoluta", significa que es "total", pero además que alcanza y desciende a toda la profundidad del mal y que es asimismo irreversible; esta última es la prople de Satanás.

La Biblia enseña que el hombre está inclinado hacia el mal, y eso de forma continua. En *Génesis 6: 5*, leemos: "*Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal*".

En Adán comenzó la nueva y maldita inclinación pecaminosa; esta inclinación, desalojó completamente a la anterior inclinación, que era implícitamente santa. La depravación llegó como consecuencia del pecado original, sin quedar siquiera reminiscencia de la justicia original. Por ello, en el hombre natural, a pesar de su conciencia, no hay lucha alguna entre el pecado y la santidad, también por el hecho de que, el hombre natural no busca la santidad porque no conoce a Dios, ni desea conocerle. Cosa diferente es en el hombre espiritual, en el cual dicha lucha sí existe *“Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne...” (Gl. 5: 17).*

El conflicto interior del salvo; la autocomplacencia del perdido:

El conflicto entre la santidad y el pecado sólo existe en el hombre regenerado, no fuera de él, tal y como tan dramáticamente nos lo hace saber el mismo apóstol Pablo (*ver Ro. 7: 7-25*). El hombre natural no tiene en realidad tal conflicto; él vive en su auto complacencia, en su teatral autosuficiencia.

Insistimos aquí cuando de este modo calificamos al hombre natural, que es él sin previa iluminación de lo Alto.

Así como la regeneración, es entre otras cosas, la restauración de la voluntad humana (cosa que el impío tiene espiritualmente atrofiada) con vestigios del pecado original y sus consecuencias (de ahí la lucha), la total depravación no significa tampoco el más alto grado de intensidad del pecado (cosa que le atañe completamente al diablo), sino la ausencia de santidad.

Dicho de otro modo en cuanto a esto último, la depravación total asumida al hombre natural, no es la maldad absoluta propia del diablo, sino la ausencia de la santidad, y como consecuencia, la ausencia de un amor genuino a Dios. El hombre natural no puede amar a quien no conoce, en este caso, a Dios.

La soledad de muerte del impío:

“...la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12: 14). Esta escritura nos describe perfectamente el estado de separación absoluta del hombre respecto a Dios. Esa santidad requerida para que el hombre pueda ver al Señor o pueda clamar a Él, sólo la puede dar Dios en Cristo, de ahí que para el hombre natural por sí mismo, le sea imposible poder llegar a Dios, siquiera para pedir auxilio para salvación.

Hasta aquel que fue sanado por Cristo entendía eso: *“Y sabemos que Dios no oye a los pecadores...” (Juan 9: 31).*

El hombre natural es ajeno a Dios, y lo es porque nada tiene que ver con el Santo Espíritu de Dios, ni tampoco lo puede anhelar ni desear. No le nace, no está en él.

“el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce...” (Juan 14: 17).

El hombre está muerto en sus pecados, imposibilitado de volver a la vida por sus propios medios, a menos que Dios le resucite de su estado de muerte espiritual. En cambio, cuando se enseña que tanto Dios como el hombre, independientemente de la proporción, intervienen dentro de la obra de salvación, tal creencia y enseñanza es herejía, y lo es, porque convertiría al hombre en un co-redentor de su propia alma, lo cual no sólo es absurdo, sino que es completamente herético. Nadie puede, en modo alguno, levantarse como co-redentor de sí mismo.

La amplitud de la naturaleza de perdición:

Los hombres están perdidos, no sólo por sus pecados personales, sino en primer lugar por causa de su naturaleza. La Biblia nos enseña que los hombres son *“por naturaleza hijos de ira” (Ef. 2: 3)*, y esto es constitutivo de algo mucho más grave y profundo que los pecados personales de cada uno de ellos. Esa naturaleza de perdición, nos dirige en una dirección clave para entenderla, y se suscribe a las propias palabras de Jesús cuando dirigiéndose a aquellos judíos les dice: *“Vosotros sois de vuestro padre el diablo” (Jn. 8: 44)*. Esa paternidad es netamente espiritual, e indica pertenencia y obra.

Los hijos del diablo son los que le pertenecen, entre otras cosas, porque tienen la misma naturaleza de pecaminosidad, a diferencia que, en el caso del diablo esa naturaleza de depravación es más que total, es absoluta, como hemos apuntado.

Muchas escrituras como las siguientes (*Gn. 6: 5; Job 14: 4; 15: 14; S. 51: 5; Ec. 7: 20, 29; Is. 1: 4-6; Mr. 7: 15, 20-23; Ro. 3: 9-18; Gl. 5: 19-21, etc. etc.*) nos hablan constantemente de la maldad inamovible del hombre, de la imposibilidad de que pueda zafarse y limpiarse del pecado, de que así nació, y así de su madre; de que la maldad surge del mismo corazón del hombre; de que lo habitual en el hombre es la práctica del pecado, etc. etc. En toda la Escritura esa es una norma sin excepción.

Todo ello es debido a esa naturaleza de maldad que no sólo cubre la faz del rostro humano, sino que está en su mismo corazón (*Mr. 7: 15, 20-23*), con la cual se identifica, y hasta se alegra. Esa naturaleza pecaminosa y su fruto, es lo que ha matado el hombre interior del hombre (*Ef. 2: 5*). Es por eso que un cadáver espiritual, ni puede vivir por sí mismo (lo cual sería un contrasentido), ni puede pedir el vivir, (lo cual también lo sería).

4. ¿Cualidades humanas, o cualidades de Dios en el hombre?:

“...en los pecados hemos perseverado por largo tiempo; ¿podremos acaso ser salvos? Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento” (Isaías 64: 5, 6).

Algunos se confunden porque creen ver en el hombre un ser no tan malo, al observar en él unas cualidades o virtudes morales, que efectivamente, las tiene; pero la pregunta debería ser la siguiente; ¿Es genuino en el hombre natural esta serie de valores o virtudes netamente morales? Y la respuesta debería ser, no. Todo lo bueno que el hombre pueda tener, el amor a los padres, de los padres a los hijos, el amor de la madre al hijo, y viceversa, etc. etc. es dádiva de Dios, y es debido a Su naturaleza de amor: *“Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras” (S. 145: 9).*

Esa gracia o favor, es la de Dios a la humanidad *“...el Dios viviente, que es el Salvador (*) de todos los hombres...” (1 Ti. 4: 10)*, y por tanto no es fruto intrínseco del hombre, sino don de Dios para el bienestar de sus criaturas en esta vida. (*) “Salvador”, en griego “Sóter”, no sólo tiene el sentido convencional al que estamos muy acostumbrados: el de Salvador, porque también significa: “el que libra o preserva”; “el que tutela”; “el que da el bien”.

Y como no es genuino del hombre el poseer esas cualidades otorgadas por la gracia de Dios como vengo diciendo, tampoco es genuino en él el buscar a Dios tal y cómo Dios ha de ser buscado.

La evidencia de un Creador:

“...lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Romanos 1: 19-20).

Pareciera como si en esta escritura viéramos algo diferente a lo que venimos argumentando, en el sentido de que Dios espera sin más

que el ser humano se vuelva genuinamente a Él en el ejercicio pleno de su libertad - libertad auténtica inexistente, ya que está preso en su propia naturaleza de pecado, y bajo el señorío del diablo - ¿Es así?

No, no es así. En esta escritura lo que vemos es que el hombre puede llegar a asentir que efectivamente existe un Dios a causa de Su creación, la cual puede ver y comprobar sensorialmente, lo cual le hace responsable por esa desobediencia.

No obstante esto dista mucho de que ese mismo hombre pueda ser sensible a Dios, cuando espiritualmente está muerto. En otras palabras, puede llegar a tener un conocimiento y asumirlo de que existe Dios en términos naturales, pero en sí mismo, no podrá ir más lejos de esto. Sólo irá más allá en la medida que Dios le ilumine, y en ese caso podrá incitarlo a ello: *“para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros” (Hechos 17: 27)*. La iniciativa siempre es de Dios, nunca del hombre.

La elección de Dios a Israel, y la previa no elección a los gentiles:

“Cuando Israel era muchacho, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo” (Oseas 11: 1).

“Ahora, así dice Jehová, Creador tuyo, oh Jacob, y Formador tuyo, oh Israel: No temas, porque yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú” (Isaías 43: 1).

Dios es quien siempre elige al hombre, nunca el hombre elige a Dios. En este sentido, Dios levantó un pueblo que no existía previamente, de los lomos de un hombre, Abraham, un pagano e hijo de paganos, y lo apartó para sí. No significa que los salvó a todos, sino que de todos eligió a algunos como verdaderos judíos (pues no es judío el que lo es exteriormente...sino que es judío el que lo es en lo interior - *Ro. 2: 28, 29*), la verdadera descendencia de Abraham, el que fuera justificado por la fe, y fe esta que Dios le concediera, por Su elección.

Dios dio la Ley, no la dio a las naciones gentiles, sino a Israel, ¿con qué propósito ulterior?, para que supieran cual es la exigencia de justicia y santidad de Dios al hombre; exigencia que ningún hombre sobre la tierra, excepto Jesús, pudo ni puede cumplir. De ese modo Dios dejó claro desde el principio que el hombre no puede llegar a Él por sí mismo en modo alguno. La Ley de Dios manifestó la separación total y constante del hombre respecto de Dios, en espera del Mediador, Jesucristo: *“Mas la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuese dada a los creyentes. Pero antes que*

viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada” (Gl. 3: 22, 23).

Esa separación entre Dios y el hombre ha sido y es completa, de manera que ningún hombre por sí mismo y sin la influencia del Espíritu Santo, pueda obrar hacia Dios, siquiera para pedir auxilio para su alma.

Por esa causa, a Israel, Dios le concedió ciertos mandamientos, y la suficiente gracia como para que pudiera cumplirlos, de ahí que leemos: ***“Pero así dice Jehová a la casa de Israel: Buscadme, y viviréis” (Amós 5: 4).***

Esta escritura, así como otras muchas por el estilo, fueron dirigidas en aquel tiempo exclusivamente al pueblo de Israel, el cual recibió la suficiente revelación y favor de parte de Dios como para que pudiera entender lo que esperaba de él. Este es el caso de lo siguiente: ***“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios” (Miqueas 6: 8).***

Un comportamiento moral y temeroso de Dios como aquí hemos leído es algo que Israel podía y debía desarrollar, así como también los gentiles, que no tenían ley, podían hacer por naturaleza lo que es de la ley, mediante la ley natural escrita por Dios en sus corazones (***Ro. 2: 14, 15***). En este último caso, es lo mismo, Dios proporciona dicha ley natural.

En el sentido que venimos argumentando, el hombre natural sólo puede hacer respecto a las cosas de Dios, lo que Dios le permite hacer por Su favor e iluminación.

Pero todo esto y mucho más, no alcanza para que el hombre natural, por muy virtuoso que sea en el sentido que venimos diciendo, pueda amar a Dios como Dios ha de ser amado. Sin conocer a Dios no se le puede amar, y sólo se le puede conocer en una nueva naturaleza (***2 Co. 5: 17***), y esto es también obra Suya.

Insistimos en este punto: la separación entre Dios y el hombre fue completa, y éste no puede ni quiere por sí mismo buscar a Dios. No le nace eso al hombre de su interior, ya que es obra exclusiva del Espíritu, y no está en él. Esto lo vemos de forma diáfana en la siguiente escritura: ***“En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2: 12).***

El apóstol dirigiéndose a los creyentes de Éfeso, les comenta cuál era su estado antes de ser vueltos a la *vida* (Ef. 2: 1). Los gentiles, es decir, prácticamente la mayoría de la humanidad, hemos estado sin esperanza y sin Dios en este mundo; y así siguen todos aquellos que son los impíos, hasta que en algunos de ellos, Dios quiera por Su elección (Ro. 8: 29), darles la vida (Ef. 2: 1).

De esta manera, y conforme al llamamiento general, por causa de la suficiente obra del Espíritu, el apóstol Pablo se dirigió a los gentiles del siguiente modo: ***“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan.”*** (Hchs. 17: 31).

Así pues, el hombre queda bajo la total y absoluta resolución de Dios. La iniciativa es absoluta de Dios, y ninguna del hombre.

Al comienzo de este libro, hacía esta pregunta: ¿Por qué, a pesar de que hombres impíos son injustos, hay hombres moralmente mejores que otros? ¿Será porque los que son mejores lo son conforme a su virtud intrínseca?

Ahora ya estamos en disposición de contestar estas preguntas. Ya vimos que los hombres, si algo bueno tienen, es por causa de la gracia común que Dios ha concedido. Esta gracia es dada a todos, y sin embargo, no todos en sus vidas actúan como podrían actuar. Adquieren la posibilidad y oportunidad de hacerlo, pero éstos no lo hacen. Por tanto son responsables ante Dios de sus actos, de ahí que la Palabra es muy clara: ***“Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras”*** (Apocalipsis 20: 13, 14).

Los hombres sin Cristo serán juzgados ante Dios conforme a sus obras.

En cuanto a la responsabilidad, tanto de los creyentes como de los incrédulos, estaremos viendo más, en adelante en este libro. Veremos que la responsabilidad del hombre no se elude en aras de una elección divina.

PARTE II. LA ELECCIÓN DE DIOS EN CUANTO A SALVACIÓN;

Fundamentando doctrina:

Preliminares:

“Y de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos, y los límites de su habitación” (Hchs. 17: 26).

Nadie sobre la tierra decidió si nacer, o dónde nacer, qué padres tener, que color de piel o de cabello tener, que lengua llegar a hablar, etc. etc. Esa elección ineludiblemente le per tocó a Dios. El apóstol Pablo dirigiéndose a aquellos atenienses paganos y sabios en su propia opinión, les dijo que es el verdadero Dios el que dispone el que los hombres, todos y cada uno, habiten sobre toda la faz de la tierra, y les ha prefijado a todos y a cada uno todo lo que implica la noción del tiempo, y asimismo todo lo que implica la ubicación geográfica. Tiempo y espacio.

Dios es quien rige todas las cosas, incluidas las gentes y los individuos, y lo hace al detalle: *“¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos” (Mt. 10: 29-31).*

No sólo conoce Dios el número de nuestros cabellos, es decir, que conoce y está al corriente de todo lo que ocurre por muy de detalle que sea, sino que además hace o deshace, permite o no permite, ya que ni siquiera un pajarillo muere sin Su consentimiento.

Ese es nuestro Dios. Él rige; Él es el Soberano; y Él elige.

En primera instancia, el pensamiento es el siguiente: si Dios no sólo es capaz, sino que obra según esa capacidad en cuanto cuestiones que hasta entran en lo puramente baladí, como es la cuestión del número de cabellos de nuestras cabezas, por seguir aquí el ejemplo dado por el Maestro, ¿Nos es algún problema llegar a la conclusión de que Él está muy interesado en los temas que atañen a la salvación? ¿Nos es mucho problema creer que Dios ha dispuesto todas las cosas en cuanto a la salvación de los hombres?, y aún más, ¿Nos es mucho problema creer que Él, en Su soberanía ha elegido a quien salvar, y a quien no salvar? Personalmente, y simplemente en cuanto a opinión, yo no tengo ningún problema en creerlo. Pero como poco importa lo que sean nuestras opiniones personales ante la verdad revelada,

vayamos a ésta última: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó”* (Romanos 8: 29, 30).

Por esta Escritura y por muchas más, vemos que Dios está absolutamente involucrado en los temas que atañen a la salvación en cuanto a elección. Sin lugar a dudas.

Dios no escogió a todos para salvación, lo cual es un contrasentido. Si hubiera escogido a todos, entonces no habría “escogido”. Y si hubiera escogido (a todos) entonces todos serían salvos, porque, ¿Quién le podrá resistir? (*Jer. 49: 19*). La Biblia dice que escogió a los llamados por Él (*1 Co.1: 24*). Veamos ese texto: *“nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios”* (*1 Co. 1: 23, 24*). Aquí vemos una diferenciación clara entre los que rechazan y los que creen, los cuales son especialmente llamados. Viendo Efesios 1: 4, este texto habla de los escogidos, ¿quiénes?, los creyentes; ¿por qué creímos? No, porque nos llamó a creer (*Ro. 8: 29-31*).

Dios no sólo nos perdonó los pecados en Cristo, sino que nos regeneró, constituyéndonos nuevas criaturas. Vimos en la introducción de este libro que el propósito de la elección de Dios, no es meramente el de salvar a algunos hombres, sino que esos hombres salvados, sean hechos conformes a la imagen de Su Hijo, para que él sea el primogénito de muchos hermanos (*Ro. 8: 29*). Esa es la finalidad de todo el proceso de salvación desde su inicio, no sólo el llevar a muchos hijos a la gloria (*He. 2: 10*), sino que sean transformados a la imagen del Hijo, para gloria mayor de Dios.

Ahora bien, ¿cuál es el inicio de este proceso salvífico que finaliza, no sólo en vida eterna, sino en glorificación al lado del Hijo (*Ef. 2: 6*)?

Pues empecemos por lo primero.

La salvación es un asunto de la Eternidad, no es un asunto de la temporalidad. Significa esto que la salvación del hombre fue un acto resuelto y acabado ya desde antes de la fundación del mundo, antes de que lo que se ve fuera hecho de lo que no se veía (*He. 11: 3*), por lo tanto **es una obra estrictamente divina**. Es la obra de Dios, de un Dios de amor y de misericordia al hombre, a un hombre totalmente

depravado, muerto en sus pecados y violaciones, incapaz por sí mismo de siquiera espiritualmente levantar una pestaña al cielo.

Si es un asunto concretizado en lo eterno, entonces deberemos comprender que no se puede perder, o quedar por el camino. Y es así, ya que vida eterna es sinónimo de salvación; o dicho de otro modo, la salvación es la vida eterna.

Ahora bien, si creemos que la salvación, por tanto, no se puede perder, hemos de fundamentar esto en la doctrina de la elección de Dios, porque como es el designio de Dios, así se hace. Tal y como Dios lo decretó desde antes de la fundación del mundo, así todos sus escogidos serán salvos, porque en Su economía ya son salvos.

El que por el contrario enseña que la salvación (cuando verdadera) se puede perder, está negando implícitamente la elección de Dios, y por tanto está haciendo de Dios un ser falible, que se equivoca, que no tiene el poder suficiente para que se haga Su voluntad, que ha abdicado a favor del hombre, un hombre perdido e incapaz de elegir a Dios. Evidentemente esto es un planteamiento, ya no herético, sino blasfemo.

Necesariamente hubo una elección por parte de Dios, porque además también hay un número exacto y conciso, y ese número exacto y conciso está registrado en el Libro de la Vida del Cordero; ni uno más, ni uno menos.

Una de las premisas del carácter de nuestro Dios, es que es un Dios de orden. Él se agrada de que como cristianos andemos en orden también (*Col. 2: 5; 1 Co. 14: 40*), así que con mayor motivo debemos pensar que Él no hace nada indebido, o es negligente en Sus designios. Dios no hace nada al azar. No obstante si creemos que la salvación la obtiene el hombre si así lo quiere, por su elección, entonces estamos negando el carácter de Dios; entonces implícitamente estamos afirmando que Dios ha dejado los asuntos salvíficos al azar.... Y, ¿qué es el azar? Nada. Estimado lector, ¿cree usted que Dios puede dejar en manos de la "Nada" su obra más importante, cuál es, no sólo el hombre sino la salvación del hombre?

Así que la cuestión de la salvación es, o bien la voluntad de Dios hecha, o bien ninguna voluntad en concreto, ni siquiera la del hombre natural, que no la tiene en estos asuntos.

“La salvación es de Jehová” (Jonás 2: 9).

Las formas racionalistas que han entrado desde hace ya muchos años, y algunas de ellas se han establecido fuertemente en el seno eclesial, sobre todo de corte pentecostal/carismático han errado profusamente en el hecho de no dar a Dios todo el crédito de la salvación del hombre. Cuando se enseña que la ulterior responsabilidad del cristiano al obrar, es condición para el mantenimiento de su salvación. Esa enseñanza racionalista enseña que el hombre se salva por el poder de Dios mediante la fe, con tal que continúe guardando por medio de las buenas obras, la doctrina que profesa. Error y error.

Como podemos ver, la salvación aquí ya no es de Jehová solamente, sino también del hombre, que la pidió y que la ha de sostener de algún modo. Ambas cosas no son verdad. Como lo define Lewis S. Chafer, la piedra angular de todo el edificio de la Soteriología (Doctrina de la salvación), es que la salvación, desde el principio hasta el fin, es toda ella obra de Dios en respuesta a la fe salvífica, sin mezcla alguna de ninguna clase de mérito, virtud u obras humanas.

La realidad de la salvación es que Dios lo ha hecho todo por el creyente, independientemente de que el creyente deba hacer las obras de Dios (*Ef. 2: 9, 10*), siempre como consecuencia de esa salvación, no para añadir nada a ella.

“La salvación es de Jehová” (S. 3: 8).

Como ya lo expresé en mi anterior libro “LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN” (4), cuando entramos en la dinámica de sostener nuestra salvación por méritos propios, estamos entonces en el terreno de Roma; salvación a través de las obras.

La seguridad de nuestra salvación reposa en la elección de Dios, y ésta, en Su soberanía, lo cual es uno de Sus atributos naturales.

“Creer o cómo creer”, esta es la cuestión:

La dificultad estriba en el concepto genérico de “creer”. Creer es algo que incluso los demonios hacen, pero tiemblan (*Stgo. 2: 19*). Cualquier persona puede “creer”, pero no todos son de Cristo. El ejemplo de todo esto lo vemos en la misma experiencia de Jesús entre los suyos, los judíos. No todos podían creer conforme a salvación: *“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere...” (Juan 6: 44).*

Su trabajo en esos momentos fue el de manifestar las palabras del Padre a todos (*Jn. 4: 34*), aun sabiendo que no todos iban a creer, porque no todos estaban ordenados para vida eterna. Esto mismo ocurrió más tarde con los gentiles: *“Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna” (Hchs. 13: 48).*

Aparentemente muchos creyeron en Jesús: *“Hablando él estas cosas, muchos creyeron en él” (Juan 8: 30)*, y sin embargo, dirigiéndose a esos mismos que habían creído, acabó diciéndoles: *“Vosotros sois de vuestro padre el diablo...” (Juan 8: 44)*. Seguidamente les da a saber el motivo: *“El que es de Dios, las palabras de Dios oye; por esto no las oís vosotros, porque no sois de Dios” (v. 47)*. Más adelante, dirigiéndose a los creyentes en Dios de aquel entonces, los judíos (nótese, todos “creían”), les dice: *“pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas, como os he dicho” (Juan 10: 26)*.

Cristo habló a todos públicamente, anunciándoles el Evangelio, pero ya sabía que sólo iban a creer los que estaban ordenados para vida eterna, y eso es prerrogativa de Dios, no del hombre, como estamos viendo. Todos “creían”, pero sólo unos creían para salvación, según el *“puro afecto de Su voluntad” (Ef. 1: 5)*.

(Dirigiéndose a sus discípulos): *“El respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado saber los misterios del reino de los cielos; mas a ellos no les es dado” (Mt. 13: 11)*, ¿Hizo acepción de personas el Señor? No, sencillamente actuó conforme a misericordia y a verdad, *“...porque no es de todos la fe” (2 Ts. 3: 2)*.

El Hijo es quien revela:

“Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt. 11: 27, 28).

Nadie puede conocer a Dios si no le es dado del Hijo el revelárselo. Nadie en sí mismo, y por sí mismo, puede tener la iniciativa de, de veras buscar a Dios. Decir lo contrario es mentir a la verdad. La iniciativa deberá partir de Dios mismo, jamás del hombre natural (*Jn. 15: 16*).

En ese sentido, es el Señor quien da la orden: *“Venid a Mí”, ¿a quiénes?, a aquellos a los que por Su Espíritu les hace ver que están necesitados de ser libres de sus pecados; libres de su bancarrota espiritual. Aquellos que genuinamente y en quebrantamiento, reconocen que son pecadores y se arrepienten genuinamente de su*

manera pecaminosa de vivir, hacen tal cosa porque son convencidos por el Espíritu Santo. Estos son los llamados eficazmente a salvación, y el descanso es el resultado de la obra del Santo Espíritu de Dios, por hacer nacer de lo Alto a esa persona, produciéndose en ella un cambio de naturaleza; de la pecaminosa, la cual obraba en carga y trabajo pesado, a la naturaleza nueva en Cristo, la cual produce descanso espiritual a las almas: (2 Co. 5: 17) *“si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”*.

1. La elección de Dios para la salvación:

¿Ha ofrecido Dios la salvación a todos los hombres por igual? ¿Ha elegido Dios a todos los hombres para salvación? Si hubiera sido de este modo, entonces no existiría el sentido de la elección, ni su propósito.

La idea comúnmente generalizada de que la salvación es ofrecida por igual a todos los hombres, y que cada hombre es libre de escogerla o rechazarla, suena muy humana y hasta plausible, pero no es bíblica. Aunque pareciera de otra manera, la Biblia no enseña esto.

En primera instancia, la salvación no puede ser ofrecida a todos los hombres, porque ningún hombre puede recibirla ni desearla a causa de su estado de muerte espiritual. Ningún hombre tiene en sí mismo la capacidad de ejercitar fe en Dios para poder recibir el evangelio, y de este modo obtener la salvación. Por lo tanto, ofrecer el evangelio a los muertos, no sirve para nada.

En segunda instancia la Biblia no enseña que Dios envía Su Espíritu a todos y a cada uno de los hombres dándoles vida, y que de ese modo cada uno de los hombres pueda tener la libertad de seguir siendo salvo.

Por lo tanto, si los hombres en sí mismos no pueden pedir ser redimidos, y Dios no da vida a todos los hombres para que puedan decidir seguir en vida nueva, la ecuación inicial se rompe al instante: La salvación no es ofrecida a todos.

Dios ha escogido algunos para salvación, pero no a todos. Esta es una verdad escritural que es resistida por algunos, pero es debido a que no tienen una debida comprensión de la naturaleza de Dios, y de la posición que Él ocupa en relación con sus criaturas. Todo ello sólo se puede entender por revelación. Escribe Lewis S. Chafer: *“Se nos manifiesta con relación a los individuos que han sido escogidos por el Señor (Ro. 16: 13), escogidos para salvación (2 Ts. 2: 13), escogidos*

en Él antes de la fundación del mundo (Ef. 1: 4), predestinados para ser adoptados hijos suyos (Ef. 1: 5), elegidos según la presciencia de Dios (1 Pr. 1: 2), vasos de misericordia que Él preparó de antemano para gloria (Ro. 9: 23). No puede ponerse en duda que estos pasajes hacen referencia a un acto de Dios por el que algunos son escogidos, mas no todos” (5).

En su argumentación, algunos se aferran a textos como el de *1 Timoteo 2: 3, 4*; “...Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”, pretendiendo hacer creer que con que Dios desea (gr. ezelo) que los hombres sean salvos, les está dando la oportunidad de que lo sean. No obstante, de nuevo aquí tenemos la errónea idea de que el hombre puede venir a salvación si lo decide.

Otro texto en el cual algunos se desorientan en este sentido, es: “*El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pr. 3: 9).*

En este versículo algunos quieren ver que Dios está dando tiempo y tiempo para que todos los que decidan llegar a creer en el evangelio, puedan hacerlo. Otra vez, error. Ese texto dice que Dios es paciente, ¿dice que es paciente para con todos los hombres? No, dice que es paciente para con nosotros. ¿Quiénes somos nosotros? Somos sus hijos, sus escogidos.

“...no queriendo que ninguno perezca...”: Dios tiene a todos sus escogidos listos para salvación desde antes de la fundación del mundo, por lo tanto ese “ninguno” se refiere a todos y cada uno de aquellos que han sido escogidos por el Señor, y que serán llamados por Él para completar el número de los redimidos, y eso va de la mano con el “nosotros” leído, y va de la mano en el sentido de a quien se dirige esta epístola universal: a los cristianos verdaderos (*2 Pr. 1: 1*).

Es cierto que Cristo murió por todos (*2 Co. 5: 15*), pero esto hay que entenderlo, no en el sentido de que la salvación es ofertada a todos, sino en el sentido de que Dios tiene todo el derecho sobre los hombres por el sacrificio de Su Hijo en la cruz. Entre otros motivos Dios en Cristo destruyó por medio de Su muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo (*He. 2: 14*).

Así como el diablo tomó posesión del hombre a causa del primer pecado, Cristo destruyó ese maligno derecho en la Cruz. Cristo dio su

vida por todos los hombres, de ese modo el Padre elige a quien salvar, *“según el puro afecto de su voluntad” (Ef. 1: 5b)*.

Así pues, la elección de Dios no es un acto de mero poder de Dios, sino de autoridad, por estar basada dicha elección, no sólo en su Potestad sino además en la legalidad emanada de la Cruz, es decir, del acto de obediencia de Cristo hasta la muerte, y muerte de Cruz. De ahí que Dios haya exaltado a Cristo hombre hasta lo sumo, dándole un nombre sobre todo nombre, para que todo y todos doblen rodilla y confiesen que Jesucristo es el Señor, y todo para gloria de Dios Padre (*Fil. 2: 8-11*). Todo lo que Dios hace está basado en Justicia.

Por la cruz, Dios nos reconcilió consigo mismo, y nos ha dado el ministerio de la reconciliación, que es la predicación del evangelio a toda criatura, porque en Cristo, Dios estaba reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta sus pecados (*2 Co. 5: 18, 19*). Así pues todos los elegidos del Padre vendrán más tarde o temprano a salvación, y ni uno de ellos - ini uno! - se perderá, porque poderoso es Dios para hacerlo, ni con los gentiles que todavía queden para completar el número de la entrada de su plenitud, ni para los judíos al mismo efecto (*Ro. 11: 23*).

¿Es injusto que Dios elija?:

A ojos simplemente humanistas; incluso mente y corazón no rendidos a Dios de forma completa, pareciera injusta la elección de Dios, ya que escoge a unos, y a otros no. Pero para los que estamos en el Señorío de Cristo, no nos debiera parecer en absoluto un problema que Él elija. Todo lo que existe le pertenece, y Él es justo en todos Sus caminos; *“Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras” (S. 145: 17)*. Sencillamente es Su obra, ¿quién la cuestionará?

La Palabra, no obstante, nos enseña acerca de este tema, por mano del mismo apóstol Pablo. (*Romanos 9: 18-21*) *“De manera que de quien quiere, tiene misericordia, y al que quiere endurecer, endurece. Pero me dirás: ¿Por qué, pues, inculpa? porque ¿quién ha resistido a su voluntad? Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?”*

Dios preserva a través de Su influencia, pero si retira su mano, se manifiesta lo que hay en el corazón del hombre. Si Dios retirara de golpe Su influencia preservadora en este mundo, este mundo se volvería el mismo infierno al minuto siguiente. Así que partimos de este principio: si hay algo bueno en los hombres, esto es porque es

Dios, no el hombre. Por lo tanto, nadie puede jactarse ante Su presencia.

(V. 19, 20) Ante la objeción, “¿Por qué, pues, inculpa?”, o “¿Cómo puede Dios culpar a alguien de pecado e incredulidad, si Él mismo ha determinado en Su soberanía el destino de esa persona?”, la respuesta paulina es diáfana: “*Oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?*”. Vemos que el sentido de la respuesta de Pablo deja claro que no se dirige a aquellos que tienen preguntas honestas en relación a esta verdad revelada, sino a aquellos que son incrédulos, obrando en ignorancia y hasta en necesidad.

El apóstol usa de una analogía ya contemplada en el A.T., cual es la del alfarero y el barro (*Is. 64: 6-8; Jer. 18: 3-16*) para decir que es igualmente irracional y arrogante que los hombres cuestionen la elección divina de ciertos pecadores para salvación, comparándolo con un pedazo de barro que cuestionara los propósitos del alfarero. Siendo los hombres, como barro; el barro, barro es; y si de ese barro, Dios quiere hacer algo diferente, ¿no estará en Su derecho y en Su elección?

El ejemplo claro lo encontramos en *Isaías 64: 6-8*; “*Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento. Nadie hay que invoque tu nombre, que se despierte para apoyarse en ti; por lo cual escondiste de nosotros tu rostro, y nos dejaste marchitar en poder de nuestras maldades. Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre; nosotros barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros*”.

Este texto nos habla de la condición del hombre natural ante Dios. El hombre en sí mismo es como suciedad, y todas sus “buenas” obras son como trapo de inmundicia (trapo de menSTRUO femenino). Es comparado con las hojas caídas de los árboles, arrastrados por el viento. En esa condición, nadie invoca el nombre de Dios, nadie busca a Dios (*Ro. 3: 11*), y está dejado a ser marchitado por su propia maldad. Es comparado con el barro, el cual por sí solo es nada, haciendo la diferencia el alfarero que le da forma y sentido, tal y como quiere.

Aquí vemos claramente que sólo por la elección de Dios sobre ese barro, éste deja de ser suciedad y tierra blanda, para convertirse en un “*vaso de honra*”: “*O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?*” (*Ro. 9: 21*).

Aquí vemos también que de la misma masa, del mismo barro que representa toda la humanidad, a unos escogió para ser vasos de honra, y a otros, implícitamente, vasos de deshonra. Esa elección le pertenece a Dios. Dios de todo lo que es el material desechable y desechado que es la humanidad entera, perdida en su naturaleza pecaminosa y condenada por su propio pecado, decidió elegir a unos para hacer de ellos un ente que le diera gloria y alabanza: su Iglesia; y ¿quién podrá oponerse a Su decisión? ¿Quizás aquellos creyentes que no admiten de buen grado Su soberanía? Pues siendo así, deberían plantearse a qué Dios creen servir.

Sobre el asunto de la imposibilidad de elección del hombre:

El hecho de que el hombre por sí mismo no pueda elegir a Dios es consumado en la Escritura. Sólo aquel interesado en no verlo, no lo ve. Como tantas veces venimos diciendo, el hombre no puede elegir a Dios, porque esto supone un acto espiritual y el hombre natural está muerto espiritualmente (*Ef. 2: 1*), y por tanto requiere ser resucitado si ha de ver vida nueva. El ejemplo es explícito en la persona de Lázaro. Cuatro días pasaron cuando apareció Jesús ante su tumba. No fue Lázaro quien le pidió ser resucitado, fue Jesús quien le resucitó. Esa enseñanza, hermanos, no iba simplemente dirigida a creer en la resurrección del cuerpo, sino también, y por mayor motivo, a creer en la resurrección espiritual, ya que sin tal resurrección, de nada vale la resurrección del cuerpo.

Acordémonos de las palabras de Jesús: *“No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros” (Jn. 15:16)*. Siempre la iniciativa es de lo Alto, nunca de la tierra.

Dios es quien habla, y el hombre escucha:

“Si el león ruge, ¿quién no temerá? Si habla Jehová el Señor, ¿quién no profetizará?” (Amós 3: 8). Es tiempo de hablar lo que está en el corazón de Dios, es tiempo de enarbolar bien en alto la bandera de la verdad: Dios reina.

George Whitefield, dirigiéndose a John Wesley, le escribió: *“Creo en la doctrina de la reprobación, en este sentido, que Dios quiere dar gracia salvadora, por medio de Jesucristo, solo a cierto número, y que al resto de la humanidad, después de la caída de Adán, les dejó Dios con toda justicia, continuar en sus pecados, por lo cual de forma justa también, sufrirán muerte eterna que es el pago merecido” (6)*.

Esta cita de Whitefield es muy significativa para poder entender el estado, no sólo de depravación total de la humanidad, sino de la consecuencia de la misma, cual es muerte eterna, y la consecuente condenación eterna.

Llanamente, el hombre está condenado, y este es un hecho irrevocable. No hay posibilidad para el hombre de zafarse de ese estado de muerte eterna, cual es a la postre, el infierno.

El hombre obtiene lo que merece. El hombre es totalmente responsable. Adán no es que fue especialmente malo, y que por culpa de él, todos y cada uno de los hombres pecan sin más. Esto no es así, porque la Palabra es muy clara al respecto: *“En aquellos días no dirán más: “Los padres comieron las uvas agrias y los dientes de los hijos tienen la dentera, sino que cada cual morirá por su propia maldad; los dientes de todo hombre que comiere las uvas agrias, tendrán la dentera” (Jer. 31: 29, 30). “El alma que pecare, esa morirá; el hijo no llevará el pecado del padre, ni el padre llevará el pecado del hijo; la justicia del justo será sobre él, y la impiedad del impío será sobre él” (Ezequiel 18: 20).*

El pecado es solamente imputado al que lo comete.

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5: 12).

No obstante, no es menos cierto que esa naturaleza pecaminosa entró en el mundo, y todos los hombres pecan, porque es lo normal para ellos, por eso, en el juicio final, todos y cada uno de los hombres sin Cristo serán juzgados por sus obras. Escribe John MacArthur comentando Romanos 5: 12; *“No se trata de un pecado en particular, sino de la propensión inherente al pecado que entró al género humano. Los hombres se convirtieron en pecadores por naturaleza” (7).*

Dice ese mismo texto, que *“por cuanto todos pecaron”*. Esto es interesante, y no se ha enseñado suficientemente al respecto. Por cuanto la humanidad entera existía en los lomos de Adán – es decir, que en Adán estaba todo lo que implicaba la humanidad – puede decirse que todos pecaron en él. Es decir, cuando pecó Adán, pecaron todos los hombres, ya que Adán es el representante auténtico y único de toda la humanidad. De ahí que Adán sea el primer hombre, mientras que Cristo es el último hombre (postrer Adán), y todos los que somos de Cristo, ya no pertenecemos al diablo, el cual se

enseñoreó de Adán. Los hombres, por tanto, no son pecadores porque pecan, sino que pecan porque son pecadores, y eso, desde el principio. Así como la iniciativa al pecado partió de Adán, y mancilló a toda su descendencia; la iniciativa a la salvación necesariamente es de Dios.

“Porque así como en Adán todos mueren...” (1 Co. 15: 22).

En Adán se concretiza toda la humanidad para muerte: *“en Adán todos mueren”*. Adán murió para que todos los hombres también murieran. Toda la humanidad murió en Adán. Esto desmonta por sí mismo el manido “libre albedrío” del hombre impío y pecador. Por tanto, y siendo de este modo, es imposible que ese hombre perdido y condenado, muerto espiritual, pueda tener por sí mismo el más mínimo atisbo de desear las cosas santas de Dios, incluida la salvación, que es un asunto que implica santidad y santificación...

Un ejemplo de esto último. Pensemos en la persona más horrible que haya vivido en la capa de la tierra, quién podría ser ¿Hitler?, o ¿quién? Vamos a poner como ejemplo a Hitler, porque todo el mundo sabe acerca de ese terrible hombre. La pregunta es la siguiente, ¿Podrían ustedes imaginarse a Hitler, que odiaba a medio mundo, incluidos los judíos a quienes todavía odiaba más, y mandó matar a millones de personas, etc. etc. por sí solo, en ese estado de maldad y malicia sin par en el cual se regocijaba, y sin la asistencia del Espíritu Santo, aún y habiendo oído el Evangelio (como seguro que lo oyó muchas veces) anhelar las cosas santas de Dios? ¡Sería un contrasentido absoluto!

Ahora vuelvo a hacer la pregunta, ¿Se imaginan a Hitler en su maldad ya comentada, y sin la obra del Espíritu Santo en su vida, por sí solo, “decidir aceptar a Cristo como Salvador y Señor”, buscando el agradar a Dios? Estoy convencido que todos los que sean honestos de entre mis lectores exclamarán que de ningún modo, de igual manera.

Pero, hermanos, ¿qué diferencia en ese sentido existió entre el monstruo Hitler y el menos pecador de los hombres? Todos están muertos espiritualmente, independientemente del mayor o menor castigo que reciba cada uno. Todos comparten la misma naturaleza de pecado.

Así pues, el anhelar la salvación, nada tiene que ver con un buscar el escapar del infierno, lo cual es implícito en la mente humana a modo de aquellos fariseos del tiempo de Juan el Bautista, sino el anhelo de

la santidad y de la santificación, lo cual en ningún modo está implícito ni en la mente, ni en el corazón del hombre natural.

“El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1 Co. 2: 14), y sólo por el Espíritu de Dios, el hombre elegido por Dios podrá venir a la comprensión de las cosas del Espíritu de Dios.

Aunque no deje de ser una pregunta retórica, llegados a este punto, si la gente no se salva por sí misma y tampoco puede buscar esa salvación ¿por qué hay cristianos? Necesariamente la iniciativa debía partir del mismo Dios, como así fue, es, y será.

Dios no hace acepción de personas:

Dios da a unos y a otros no, en función de Su designio: *“Y él dijo: A vosotros os es dado conocer los misterios del reino de Dios; pero a los otros por parábolas, para que viendo no vean, y oyendo no entiendan” (Lc. 15: 29).*

Algunos con poco entendimiento, argumentan que Dios no hace acepción de personas, y desde luego es así, pero el asunto es que se confunden en cuanto a lo que esto significa.

Él no hacer acepción de personas por parte de Dios, no significa que Él no va a cumplir con Sus designios, los que sean, incluyendo Su elección para con los salvos, sabiendo y creyendo por nuestra parte que todo lo que Dios hace es justo, aunque muchas veces no alcancemos a comprenderlo con nuestra mente finita.

Cuando la Biblia habla de no hacer acepción de personas por parte de Dios, es en términos de justicia, y no de misericordia. En términos de justicia, dará a cada uno su justo pago (Ro. 2: 1-11): *“Mas el que hace injusticia, recibirá la injusticia que hiciere, porque no hay acepción de personas” (Colosenses 3: 25); “Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno...” (1 Pedro 1: 17).*

La prueba la tenemos también en cuanto a lo que nos manda que hagamos, como Él hace: *“También estos son dichos de los sabios: Hacer acepción de personas en el juicio no es bueno” (Proverbios 24: 23).*

Insistimos en esto, Dios en términos de justicia no hace acepción de personas, pero eso nada tiene que ver con el hecho de que Él se complace en hacer misericordia, y por eso ha decidido salvar a los que ha querido salvar. Los que critican esto, es porque no les ha

amanecido, ya que si Dios fuera estrictamente justo, sin misericordia, esta existencia como la conocemos habría desaparecido con el pecado original. Así que nada tiene que ver el no hacer acepción de personas con la misericordia, la cual Dios hace por su atributo moral. El ejemplo claro lo tenemos en Jacob y Esaú: *“Porque la palabra de la promesa es esta: Por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo. Y no sólo esto, sino también cuando Rebeca concibió de uno, de Isaac nuestro padre (pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras sino por el que llama), se le dijo: El mayor servirá al menor. Como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí. ¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? En ninguna manera. Pues a Moisés dice: Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca. Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia”* (Romanos 9: 9-16).

Aquí vemos con claridad, porque de ese modo la Palabra nos lo dice, que no dependió en nada lo que hubieran podido hacer Jacob o Esaú, para que Dios soberanamente y por Su misericordia, escogiera a Jacob, que representa a Israel, y desechara a Esaú, que representa Edom. Escribe John MacArthur: *“Los mellizos Jacob y Esaú, lo cuales no habían hecho aún ni bien ni mal. Tal elección que Dios hizo de Jacob en lugar de Esaú para la continuación del linaje físico, no estuvo basada en el mérito o la falta de mérito personal; más bien la elección de Jacob por parte de Dios sólo dependió de su propio plan soberano, un ejemplo perfecto de elección para salvación”* (8).

Podía no haber escogido a ni ninguno de los dos. Podía haber hecho cualquier otra cosa, pero una cosa sí sabemos porque la creemos: Dios no hace acepción de personas, y si en algún momento lo pareciera a nuestros ojos, es debido a algo que se nos escapa pero que Dios sabe bien, y siempre es en términos de pura misericordia (V. 15).

El hecho de que Dios escogiera a Jacob, antes de que los dos hermanos nacieran, y se hubiera podido ver en sus vidas cual aparentemente podría ser el más indicado, por ser el mejor (aunque os dos probaron ser malos), demuestra que la elección para la vida espiritual no se relaciona en absoluto con el esfuerzo humano, y que se basa única y exclusivamente en la prerrogativa de Dios, quien realiza su elección soberana.

2. La elección de Dios; avanzando en la doctrina:

“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios” (Romanos 3: 10, 11).

Esta es la realidad de la humanidad por sí misma. No sólo que no hay un solo justo de entre los hombres, exceptuando a Jesús, sino que por sí mismo, ningún hombre puede entender las cosas de Dios (*1 Co. 2: 14*), nada que tenga que ver con asuntos como la santidad, la voluntad de Dios, etc. Tampoco, y como consecuencia de todo ello, hay a quien le nace por sí solo el desear saber de Dios y de sus caminos. Insisto, por uno mismo.

La realidad es que el hombre no puede elegir ser salvo, y aquí no hablamos de buscar el escapar del infierno por simple sentido del miedo, sino de anhelar el agradar a Dios, sencillamente porque el hombre natural, no puede captar nada de todo esto.

La Elección y los Decretos

La interpretación bíblica de la Elección, es la que se desprende, por poner uno de muchos ejemplos, de lo que nos encontramos en *Efesios 1: 4*, que dice: “*según nos escogió...*”. El verbo escoger es “eklego”, y significa en su primera acepción: escoger, elegir. En su forma verbal “Eklegomai” sería “eligió o escogió”. Es Dios quien escoge a quien quiere escoger. Leemos en *Isaías 46: 10*; “*Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero*”.

Dios es eterno, y todas las cosas están ante Él desde siempre, independientemente del tiempo/espacio, que son creaciones suyas. Dios no está sujeto a nada de lo que ha creado.

Dios efectuó diferentes decretos antes de la creación del universo. Él decretó hacer a los hombres. Decretó el permitir la caída. Decretó el proveer la salvación a los hombres. Decretó el elegir a los que creen, y asimismo dejar en justa condenación a todos los que no creen. Decretó la aplicación de la salvación a los que creen.

Todos los decretos establecidos a partir de Su Soberanía que tienen que ver con la caída y la salvación, están implícitos en el hecho de que el Cordero fue inmolado desde el principio del mundo (*Ap.13: 8*).

Como vimos, el primer pecado, el de Adán se produjo como consecuencia de la libre elección suya, el cual disponía de una santidad pasiva, pero incluso eso ya lo sabía Dios. Dios sabe todas las cosas, y por eso determinó y realizó Su obra desde antes de los tiempos.

Dios es Soberano en todo, incluso en el permitir que las cosas sean de determina da manera, para que a la postre Su perfecta voluntad

se realice, cual es, que muchos hijos vayan a la gloria, pero más que eso, que sean hechos a la imagen de Su Hijo (**Ro. 8: 30**).

La elección de Dios es en base a Su Albedrío, no al albedrío humano por el cual algunos suponen van a poder usar para ser salvados. Un muerto ni siente ni padece. De igual manera un muerto espiritual, y así estábamos todos nosotros (**Ef. 2: 1**), hasta que Él nos dio vida. Sin esa vida no podíamos hacer nada más que seguir en nuestros pecados, conforme a esa naturaleza pecaminosa cuyo fruto es la muerte, y muerte eterna. Entonces, si el hombre no tiene arte ni parte en el poder ser salvo, ¿de dónde viene la iniciativa y el poder para que lo sea? Viene de la determinación de Dios. De un Dios de amor que amó al hombre, y que tuvo misericordia de quien quiso tenerla.

La exhortación a creer de parte de Dios, la cual vemos en la Biblia, es el mensaje dado a todos los hombres en cuanto al llamado general, pero sólo los que creen son los escogidos para tal *fin* (*muchos son los llamados, pocos los escogidos*).

Si dejamos la elección de la salvación a los hombres, NI UNO VENDRÍA A SALVACIÓN. Sencillamente no podrían hacerlo: están muertos.

La salvación es de Jehová:

Generalmente hablando, las campañas evangelísticas de hoy están tintadas de bastante religiosidad, porque se entiende que el hombre no está muerto en sus delitos y pecados (**Ef. 2: 1**), que no es tan malo, y que por no serlo puede colaborar con Dios en la salvación de su alma, en el sentido de que libremente, y por sí solo, puede tomar la decisión de "aceptar" a Cristo. Muchas veces, demasiadas, el resultado de esto es carne (espíritu saduceo), y legalismo (espíritu farisaico), y después nos asombramos de que haya tanta apostasía en la iglesia actualmente.

El Hno. Ricardo Estévez Carmona, en su apreciado artículo publicado en la web de Centro Rey (9) escribió de este modo: "*En la sobreabundante gracia de Dios y por su acción soberana, muchas almas todavía alcanzaron a ser salvas muy a pesar del defectuoso evangelio que se les predicó. A fin de cuentas, Jesús es el que salva y no el predicador ni la ortodoxia de su mensaje*".

Pero busque el amable lector en su Biblia, y descubrirá que el Señor Jesucristo no puede jamás ser aceptado pues Él no es

aceptable...Medítese y compruébese, que es muy distinto que en la conciencia del pecador permanezca el recuerdo de su experiencia de conversión en que el Espíritu de Cristo le dio convicción y paz de haber sido recibido por Él a misericordia (*1Ti.1:13*) - pues no rechaza a quien viene a Él traído por el Padre -, a que cumpliera con su responsabilidad de aceptarle como su Salvador personal. En el primer caso se sentirá pronto a confesar: - ¡Me salvó! y en el segundo: - ¡Me salvé!”.

Cuando uno cree que pudo elegir a Cristo, y que por ello, por decidir “aceptarle” llegó a ser salvo, debería cuestionarse todas estas cosas en serio, y como poco, reconocer que jamás pudo hacer tal cosa, sino que en todo caso, fue Dios quien le dio vida, cuando estaba muerto. De esa manera, y siendo de ese modo, tendrá la seguridad de que su salvación es auténtica, ya que no la “buscó” él, sino que se la dio Dios.

Sólo para aclarar aquí, algunos me han comentado que antes de llegar el día en que se produjo la conversión como tal, hubo situaciones en las que se les despertaba un anhelo de buscar de Dios, o de saber de la verdad, y cosas parecidas. Mi respuesta ha sido siempre la misma. Fue la obra del Espíritu Santo, por la cual Él estaba preparando al individuo para el momento de su conversión.

(Juan 6: 44) “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero”: este solo versículo establece un precedente claro en cuanto a la posición de Dios, y la del hombre. Nadie puede acceder a Cristo por sí mismo. Es por eso que siempre decimos que la doctrina del “aceptar a Cristo” representa un sinsentido. Nadie puede “aceptar” a Cristo, porque tal cosa implicaría una mera exposición del plan de salvación al individuo, y en el caso de la aceptación, una decisión personal fruto de una libertad también personal, que no existe, que no es real. Es como si Dios ofreciera la posibilidad de la salvación, y entonces el hombre decidiera o no aceptar esa propuesta, y además, a un hombre muerto espiritualmente, incapaz de poder volverse a Dios por sí *solo (Ef. 2: 1)*. En este caso, Su soberanía quedaría insultada por una supuesta y a todas luces falsa soberanía del hombre.

No, hermanos, no es esto así en modo alguno. ¡Nadie puede! Nadie tiene ese poder; nadie tiene esa capacidad; no está en las manos del hombre: nadie, na die. Y nadie puede ir a Cristo. Si este fuera el fin del discurso, sería perfectamente justo para un Dios justo. Porque na die puede ir a Dios, porque no hay justo, ini aun uno!, y no hay quien

entienda, y no hay quien busque a Dios (*Ro. 3: 10, 11*); y Dios no tendría que haber hecho nada más, y siendo así, hubiera seguido siendo lo que es Un Dios santo y justo.

Habiendo clarificado con toda la rotundidad que esta pluma concede el hecho de que nadie puede llegar a Cristo, proseguimos.

“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero”.

La salvedad a esta premisa de imposibilidad, la brinda Dios mismo, mostrando aquí además de Su justicia y santidad inherente, Su misericordia, en este caso para quien quiere tenerla, según el puro afecto de su voluntad: *“...si el Padre que me envió no le trajere”*. Nadie puede ir a la fuente de la salvación, al motivo y razón de la misma, que es Cristo...a no ser que un milagro se produzca.

Todos sabemos que el único que hace milagros es Dios. Justamente este es el caso. El milagro de la salvación se produce, no porque el hombre haya creído, o haya podido creer, sino porque se le ha dado el poder hacerlo, esta es la obra del Padre.

“Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Juan 10: 27-29).

Los que son dados del Padre a Cristo, son Sus ovejas. Estas ovejas lo son porque fueron escogidas como ovejas del Buen Pastor, por Dios Padre. Estas tienen la seguridad de la salvación y la consiguiente vida eterna. Nadie las puede arrebatar de Cristo, ni siquiera ellas mismas o alguna de ellas (*1 Juan 3: 9*).

Vemos que la Palabra hace una diferencia clara entre un tipo de hombres, y otro. Las ovejas de Cristo, y los que no lo son. ¿Quién hace esa diferencia, la voluntad humana, o la voluntad de Dios?

De ahí la importancia de entender bien el asunto de la ELECCIÓN.

Por qué a unos ha elegido de entre los muchos millones que se pierden. Esta es una pregunta que no tiene respuesta en esta vida, excepto que en amor Dios eligió a los herederos de salvación, porque les extendió su misericordia. Esto es lo que la Biblia enseña (*He. 1: 14; Ef. 1: 3, 4; Ro. 15: 9; Tit. 3: 5*).

La posibilidad de la salvación está enteramente en manos de Dios, no en las del hombre: “...*por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad*” (2 Timoteo 2: 25).

La seguridad en cuanto a la elección:

(Efesios 1: 3-7) “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia.”

Toda bendición espiritual con la que los creyentes hemos sido bendecidos fue determinada y declarada en los lugares celestiales – es decir, en el cielo - por los méritos únicos y suficientes de Cristo.

Toda esa bendición fue determinada y declarada por Dios por haber sido ESCOGIDOS en Cristo, para Cristo, y a razón de la obra de Cristo, no en el momento de su muerte gloriosa en la cruz, sino ANTES DE LA FUNDACIÓN DEL MUNDO.

El propósito por el que todo esto se hizo fue, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él. Para que fuésemos santos ante Él fue preciso que en amor, o por causa del amor de Dios, nos PREDESTINARA para ser hijos Suyos, lo cual hizo mediante la adopción, y todo por el único medio y Mediador: Jesucristo.

Todo ello fue determinado y declarado hecho desde antes de la fundación del mundo, incluida nuestra adopción como hijos suyos, según el puro afecto de Su voluntad, es decir, conforme al beneplácito de Su voluntad.

El propósito de dicha elección para salvación es la gloria de Dios, y por esa gracia que le da gloria, nos hizo aceptos en Cristo. Nótese “nos hizo”, implicando que ese hecho fue un acto realizado como ya estamos viendo, antes de que el mundo existiese como tal. El pago de la compra o redención efectuada por Dios en cuanto a sus escogidos, fue la sangre de Su Hijo.

Tal redención trae la gracia ilimitada de Dios (*Ro. 5: 20*) y el perdón de todos los pecados (*1 Jn. 1: 9*).

Resumiéndolo:

- 1) Todo lo que somos y tenemos en Cristo ha sido determinado en el cielo gracias a Cristo.
- 2) Toda esa bendición es un hecho para Dios, y lo es por haber sido escogidos, antes de la fundación del mundo (antes de Gn. 1: 1).
- 3) La voluntad de Dios por todo ello, es que seamos santos delante de Él.
- 4) Por y en amor nos predestinó para ser hijos suyos mediante la adopción por Cristo.
- 5) Todo se hizo por la explícita y benigna voluntad de Dios.
- 6) Todo para mayor gloria del que da la gracia: Dios.
- 7) Por ser escogidos, somos aceptos en Cristo, ya que el pago de nuestra compra fue realizado por Su sangre, y así nuestros pecados fueron perdonados.

Hermanos, solamente con estos versículos, la doctrina de la elección de Dios queda absolutamente manifestada, siendo digna de ser creída. Pero para mayor abundamiento, proseguiremos viendo más.

El contraste entre la elección y la recepción:

Leemos en *Juan 1: 11-13* *“A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1: 11-13).*

Juan, inspirado por el Espíritu Santo explica que Jesús vino, y los suyos, es decir, los judíos, no le recibieron. ¿Significa esto que ellos consiguieron frustrar la voluntad del Padre, en el sentido de que Dios quería salvarles a todos y ellos se resistieron? No. Anunciado por el profeta Isaías, y repetido por el mismo Jesús (*Mt. 13: 15*), Dios había determinado que muchos de Israel no iban a entender el Evangelio, por Su mismo designio: *“Y dijo: Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad” (Is. 6: 9, 10).*

Este fue el cumplimiento de *Juan 1: 11*; *“A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron...”*. No estaban destinados para recibir a Cristo por designio del Padre. Razones tuvo Dios para eso. El punto aquí también estriba en que sí hubo judíos que le recibieron... ¿Por qué? ¿Por qué eran más buenos que aquellos que no le recibieron? No; como explicó Pablo:

“¿Somos nosotros mejores que ellos? En ninguna manera; pues ya hemos acusado a judíos y a gentiles, que todos están bajo pecado” (Ro. 3: 9). En definitiva fue, y este es el asunto, que Dios desde antes de la fundación del mundo, independientemente de cualquier otra circunstancia o vivencia en el estado natural subsiguiente, predestinó a los que antes conoció para la salvación (Ro. 8: 29).

Ahora bien, alguien dirá que esos elegidos “le recibieron”, como si esto último hubiera sido un acto del libre albedrío humano. Pues no es así. Le recibieron porque esa fue la consecuencia final de todo un proceso iniciado por Dios, como venimos diciendo. Esto lo vemos claro en el *V. 13*; ***“los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios”***. Si nos damos cuenta, clarísimamente aquí la Escritura dice que el llegar a ser hijos de Dios, no es por voluntad del individuo, sino que es por voluntad de Dios. Al ser voluntad de Dios, Dios envió Su Espíritu, el cual llevó a creer y a recibirle; no al revés.

En todos los procesos vitales, nadie puede recibir nada de Dios si Dios no lo da. La iniciativa siempre es Suya, jamás nuestra.

3. Entendiendo acerca de la presciencia divina:

(Habacuc 2: 20) “Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra”.

Dios obró y obra conforme planeó, y para lo que planeó. Debemos entender que Dios lo hace todo con diligencia, es decir, con precisión, minuciosidad y gran cuidado (*Ef. 5: 15*). Nada queda al azar para Él, porque el azar es nada, y Él es el todo en todos (*1 Co. 15: 28*). Ante esa verdad, hable Dios, y calle el hombre.

Todo lo que Dios programó para la gloria de Sus hijos, decretó que fuese llevado a cabo por la vía de la gracia y de la santidad. La gracia es el favor inmerecido, y la base de toda la actuación salvífica de Dios hacia el hombre.

La elección de Dios, pues, es un acto de Su misericordia, efectuado por Su gracia.

(1 Pedro 1: 1, 2) “Pedro, apóstol de Jesucristo, a los expatriados de la dispersión en el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo: Gracia y paz os sean multiplicadas”.

En *1 Pedro 1: 2* refiriéndose a los creyentes verdaderos, dice en la versión RV: *“elegidos según la presciencia de Dios Padre...”*. La palabra que se traduce por “presciencia” es en griego “prognosis”, y es exactamente la misma que encontramos en el *V. 20* donde habla de Cristo como cordero inmolado... *“ya destinado desde antes de la fundación del mundo...”*, “destinado” es en griego “prognosmenou” (mismo verbo que el anterior), y significa literalmente: “conocido de antemano”.

Por lo tanto, donde leemos en la versión RV, en el vers. 2 “presciencia”, debemos entender esto como conocimiento de antes. En ambos casos la palabra no se refiere a un conocimiento de lo que iba a suceder, sino a una acción predeterminada conforme al conocimiento de Dios.

Presciencia aquí, no significa el reconocimiento por parte de Dios de un hecho realizado por parte del hombre. El término aquí implica el concepto de elección.

El motivo de la elección: el amor de Dios a los suyos:

“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Ro. 8: 28).

Dios, conociendo de ante mano e íntimamente con amor - cuál es el sentido del *V. 29: “a los que antes conoció”* – les predestinó a la salvación. Ese conocer, tiene el sentido bíblico de “conocer íntimamente con amor”.

La presciencia (Gr. prognosis) de Dios Padre, no se limita a un pre conocimiento intelectual de lo que ha de ocurrir en lo futuro, y que Dios ve ya como presente en Su eternidad, que abarca y sobrepasa a todo tiempo, sino que incluye un movimiento afectivo del sentimiento (por amor) y una determinación de la voluntad de Dios, que constituye la base de la elección. Veamos esto último: *“Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó...” (Romanos 8: 29, 30).*

Otra traducción es esta: *“A los que de antemano conoció, también los predestinó a ser modelados conforme a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó...”*.

En esta escritura el orden de los eventos es fácil de ver: "a los que antes conoció" (proegno); también "los predestinó" (proórisen), y a estos mismos "los llamó" (ekalesen).

A los que consideró o conoció, los predestinó, y en su momento, los llamó (llamamiento eficaz), por tanto, la determinación o predestinación está basada en la elección, no en un pre conocimiento de hechos consumados por parte del hombre.

Explicándolo: La cuestión de la salvación y el número y nombre de los salvos llegó a existir por iniciativa de Dios, al decretar que existiera por adelantado. Los cristianos son conocidos para salvación de antemano, del mismo modo que Cristo fue ordenado desde antes de la fundación del mundo para ser un sacrificio por los pecados. Esto es exactamente lo mismo.

Por lo tanto, insistimos aquí, que el término presciencia significa que Dios conoció, o planificó por adelantado, no que hubiera observado desde antes (como para amoldarse a hechos futuros). Así pues, Dios pensó y determinó por adelantado, o predestinó la salvación de cada cristiano... como debe ser, iporque para eso Dios es Dios!

Si, como enseñan algunos, la predestinación es conforme a lo que Dios vio que sería el hombre en su presunto, o por su presunto libre albedrío, entonces esa predestinación sería conforme al hombre, no conforme al designio de Dios. Esto elevaría al hombre a una posición de gloria en sí mismo que la Biblia condena.

El planteamiento de presciencia de Dios como simple conocimiento de lo que el hombre iba a decidir respecto al evangelio, y la predestinación al respecto, es decir, Dios en función del hombre, es la enseñanza arminiana.

La escuela arminiana, al hacer de la elección nada más que una presciencia del mérito humano, afirma que, a fin de cuentas, el hombre se elige a sí mismo por medio de su fe y de su obediencia. La escuela arminiana es una intrusión de la razón humana. Es simple racionalismo. Lo contrario es la verdad: la elección es la de Dios, no en base a las decisiones humanas, sino en base a Su voluntad soberana, por amor (*Ro. 8: 28-31*), ya que Dios es el Único que puede sacar al hombre de su estado de muerte espiritual, siendo los hombres una vez salvos, por sí solos, impotentes para avanzar en el sostenimiento de su salvación.

Una de las razones teológicas que aducen, entre otras muchas, para argumentar que la salvación es para todos los hombres, es **Tito 2: 11**, *“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres”*. Pero veámoslo de cerca.

En primer lugar, esto no enseña la salvación universal, lo cual todos los verdaderos creyentes sabemos. La traducción mejor de los hombres, es la “humanidad” (anzropos). En **Tito 3: 4** también vemos el mismo sustantivo, y se refiere a la humanidad en general como unidad categórica, y no a todos y cada uno de los individuos humanos.

La explicación es la siguiente: Jesucristo hizo un sacrificio suficiente para cubrir todos los pecados de todo aquel que cree (**Jn. 3: 16-18**). Pero, ¿todos creen?, no, no todos creen, y, ¿quiénes creen? Bien, el apóstol Pablo aclara en las palabras introductorias de esta epístola a Tito, que la salvación se hace eficaz sólo por medio de *“la fe de los escogidos de Dios”* (**V. 1: 1**). Aquí vemos que los creen son los escogidos para creer. Un versículo similar al de **Tito 2: 11**, es el de **Romanos 5: 18**; *“Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida”*. El sacrificio de Cristo tiene todo el potencial de salvar a todos y a cada uno de los hombres; pero una cosa es la potencia (en potencia), y otra muy diferente, el hecho (de facto). Y el hecho de la salvación no es cosa del hombre, sino de Dios Padre, quien eligió a quien salvar.

De toda la humanidad, sólo los que creen serán salvos; y los que creen es que les ha sido dado el creer. Jesús lo dijo: *“Nadie puede venir a mí si no le fuere dado del Padre”* (**Jn. 6: 65**); por ello el mismo Jesús en su oración sacerdotal, exclamó: *“Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son”* (**Juan 17: 9**).

Así pues, la separación es clara. Cristo ruega por los que el Padre le dio. Estos son los escogidos, y por tanto, los que tienen el don de poder creer, ya que la fe es don de Dios, y no es compatible con la naturaleza depravada de un hombre muerto espiritualmente.

Cuando no existe incompatibilidad alguna entre la elección, la responsabilidad humana y los sentimientos divinos:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise (EZELO) juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!!” (**Mt. 23: 37**).

“Pero acerca de Israel dice: Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor” (Romanos 10: 21).

¿Es que negamos la Elección de Dios por reconocer el rechazo del hombre a Dios y su consiguiente responsabilidad ante Dios? De otra manera seríamos títeres, meros robots o máquinas.

Pero veamos esto de cerca. Dios es el Todopoderoso, y por eso completamente capaz de hacer que suceda lo que Él quiera que suceda (*Is. 46: 10*), esto incluye la salvación de todos lo que eligió a tal efecto desde antes de la fundación del mundo, como está escrito (*Ef. 1: 4, 5*).

iPero no olvidemos que Dios tampoco es una máquina! Dios tiene emociones, y consecuentemente expresa Su deseo por aquello por lo cual Él soberanamente no lo lleva a cabo, a causa de Sus designios (*Gn. 6: 6; Dt. 5: 29; S. 81: 13; Is. 48: 18*) Es como el juez que dicta sentencia por sentido de justicia, pero su corazón se deshace de dolor, porque a quien está sentenciando es a alguien amado.

El Señor en ese clamor no estaba expresando un grito de impotencia, sino el lamento de una elegía. Lo vemos en la misma declaración paulina de Romanos que hemos leído arriba.

El llamamiento general es una realidad en toda la Biblia (*Mt. 22: 14*). Significa que Dios llama a todos, para que todos sepan que han sido llamados, pero los que no son de Dios jamás vendrán a Él, todo lo contrario, le rehuirán, no sólo porque no fueron escogidos, sino porque es lo terriblemente natural en ellos. El ejemplo de esto lo vemos clarísimamente en *Juan 3: 19*; ***“Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas”***. En este versículo se concretiza este asunto. La luz que es Cristo vino, iluminó a los hombres (*Jn. 1: 9*), pero los malos rehusaron la Luz, y de ese modo siguieron en la condenación en la que ya estaban. De ese modo nadie podrá recriminarle nada a Dios en el día del juicio.

Sigamos. ***“Cuántas veces quise juntar a tus hijos...”***: Prestemos atención ahora: el verbo que se traduce por “quise” es el verbo griego “ezelo” y significa “desear”. Por lo tanto, el Señor expresaba aquí su deseo, no Su voluntad determinativa, porque si hubiera sido así, de seguro que Jerusalén sería ahora mismo lo que a todos nos gustaría... icon el agravante de que la salvación no habría llegado a los gentiles!... pero esto ya es otro cantar: ***“Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su***

defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración?” (Ro. 11: 12).

Ese deseo aquí, no debe interpretarse como un mero y simple sentimiento prescindiendo de la acción subsiguiente, ni mucho menos. Dios obró enviando a Sus profetas. Pero del mismo modo toda acción al respecto, cual fue el envío de los profetas a ese pueblo rebelde y contradictor, no contradecía el deseo de Dios de ver a Jerusalén salva (lo cual por cierto se producirá al final; (Ro. 11: 25, 28, 29). Dicho de otro modo, a la postre estaba designado que Israel no iba a recibir al Mesías, para que la salvación llegara a los gentiles: **“¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos; como está escrito: Dios les dio espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy... Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos”** (Romanos 11: 7, 8, 11).

Esta escritura es clave para comprender todo este intrínquilis teológico. De Israel, sólo los escogidos alcanzaron lo que estaba determinado sobre ellos alcanzar, y el resto fue endurecido en y por su propio pecado, dada su naturaleza pecaminosa. Con todo ello Dios hizo un bien ulterior: levantar la Iglesia.

En cuanto al clamor de Jesús por Jerusalén, expresando el aludido deseo, es lo que vemos en *1 Timoteo 2: 3, 4*; **“...Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad”**. El verbo que se traduce por “querer”, es el griego “Ezelo”: “Desear”.

Como dice Matthew Henry: **“Hay en Dios una voluntad de propósito (Ef. 1: 11), que se cumple infaliblemente, y una voluntad de deseo (1 Ti. 2: 4), en la Dios apela a la responsabilidad del hombre, aunque siempre queda a salvo la libre soberanía de Dios, que puede atraer irresistiblemente a los elegidos (Jn. 6: 44)”** (10)

Hay básicamente dos maneras de entender las cosas en la Biblia, una es verdad, la otra no. O es Dios quien dirige, o es el hombre el que lo hace. La solución teológica fácil y de ir por casa, es la de hacer al hombre libre de todas sus decisiones, y a Dios sufridor de las mismas. Solución fácil, pero errada por principio.

Si no elige Dios, entonces elige el hombre, por encima de Dios. Eso es terrible. Intentar menoscabar Su soberanía en la elección, es una herejía, le pese a quien le pese.

Comentando Juan 3: 16, 17:

“Porque de tal manera, amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida Eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo, para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por medio de él.” (Juan 3:16-17).

Primer sentido de la palabra mundo (cosmos):

La palabra “mundo” es “cosmos” en griego, y el sentido es el universo, lo creado, incluyendo a todos sus habitantes. Dios ha amado Su creación, la cual cayó por culpa de la rebelión adámica y su consecuencia inmediata, viniendo sobre esa creación la maldición de Dios (*Gn. 3: 17*), en espera de su restauración. El apóstol Pablo lo explica así: *“Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza” (Ro. 8: 20).*

Y justamente, esa es la voluntad de Dios, la cual cumplirá: *“...según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Ef. 1: 9, 10).*

Esta escritura nos enseña que, porque Dios amó Su creación, envió a Su Hijo para que al dar su vida, en su tiempo se produzca la restauración o regeneración: *“Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono...” (Mt. 19: 28).*

Así pues, el propósito de Dios es el de restaurar esa creación: *“porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. 22 Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora” (Romanos 8: 21, 22).*

Dios hizo posible esto que va a hacer por causa de haber dado a Su Hijo.

¿Incluye esto a seres humanos? ¡Por supuesto! Esa es la razón principal de su venida a la tierra, y el dar su vida.

*“Porque de tal manera, amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda mas tenga vida Eterna”: Por amor a los hombres, Cristo dio su vida: *“Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Co. 5: 14, 15).**

Aquí vemos que Cristo murió por todos los hombres, pero efectivamente, o de forma efectiva, murió y resucitó por los que viven, para que vivan para Él. En otras palabras, Cristo dio su vida por todos los hombres, pero sólo los que creen reciben ese beneficio salvífico.

(V. 17) “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo, para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por medio de él”.

Ahora bien, los que creen, ¿cómo llegan a creer? ¿Llegan a creer porque son mejores que los que no creen? ¿Llegan a creer porque tienen alguna virtud en ellos mismos? Sabemos que no.

(Efesios 1: 11) “En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad”.

La salvación, consecuencia de creer es un don de Dios, y es dado por Su gracia, y si es gracia, es que no es para todos, conforme a Su predestinación, según el designio de Su voluntad.

(Juan 3: 27) “No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo”.

Así pues *Jn. 3: 17*, nos está diciendo que el que cree, es al que se le ha dado el poder creer, ya que la fe es un don de Dios. Ineludiblemente, el que cree, no se pierde porque ya tiene la vida eterna.

¿Existe por parte de Dios la elección o predestinación para condenación?:

Algunos podrían pensar que así como Dios ha elegido a quien salvar, ha elegido también a quien condenar; como que Dios creó a todos los hombres, y a unos los destinó a vida eterna, y a otros a perdición eterna y por tanto la conclusión es que se pretende hacer de Dios una especie de tirano. ¿Es esto así? Permítanme expresar un rotundo ¡No! Este silogismo no tiene cabida, ni en la Biblia ni en el carácter de nuestro Dios.

Si bien es cierto que Dios decidió a quien salvar, no buscó con ello a quien condenar, ya que la condenación de los reos es implícita en ellos mismos, no en el Juez. En otras palabras, los que se condenan lo son por causa de su naturaleza de pecado, y de su pecado. En ese orden.

La razón por la cual Dios nada tiene que ver con la condenación del hombre, y contrariamente, el hombre sí es responsable de su pecado

y consiguiente condenación, se encuentra implícita en la Escritura. Para eso hemos de partir del Génesis, volviendo a la persona de Adán.

Como ya estudiamos. Adán se separó libremente de Dios, porque él sí tenía libre albedrío por participar de una santidad pasiva y ser un ser inocente, creado así por Dios. Al tomar esa decisión en su plena libertad y conocimiento, (ya que no era un niño), hizo que *“todos murieran en él” (1 Co. 15: 22)*. La humanidad entera murió en Adán, por cuanto en sus lomos estaba (*Ro. 5: 12*). Esa no fue predeterminación de Dios, sino fruto de muerte por la libertad del primer hombre, usando esa capacidad volitiva (de ahí que la salvación viene por el postrer Adán que es Cristo, el cual libremente fue a la cruz).

Con todo ello, Dios, aun siendo sabedor de todas estas cosas, pero permitiéndolas por causa de Sus designios los cuales son: no sólo la gloria para sus hijos (*Ro. 8: 17*), sino más aún, la exaltación de Su Hijo, así como para hacernos conformes a la imagen de Su Hijo, por un mal, Dios ha hecho un bien, mayor que el bien inicial (*ver Gn. 1: 31*).

PARTE III: LA RESPONSABILIDAD DEL HOMBRE

1. El incrédulo, es responsable de rechazar a Cristo:
(Hechos 13: 46, 48) “A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles....Los gentiles, oyendo esto, se regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna”.

El apóstol Pablo, se dirigió en primer lugar a los judíos, como solía hacer, hablándoles las palabras de vida, pero ellos rechazaron el mensaje. En cambio, aquellos gentiles, habiendo oído la misma Palabra, creyeron. ¿Por qué creyeron? Creyeron porque “estaban ordenados para vida eterna”, o estaban predestinados a creer para recibir la salvación, como así fue. Este último punto lo hemos aclarado suficientemente a lo largo de este libro. No obstante, en este apartado veremos, aunque sea de forma sucinta, aunque seria, lo que atañe al hombre, en cuanto a su responsabilidad ante Dios, porque de tenerla, efectivamente, la tiene.

Si volvemos al versículo cuarenta y seis, nos percatamos de que esos judíos, y por extensión cualquier otro hombre en ese sentido, al escuchar el evangelio, ese evangelio es rechazado, y la razón que

aduce Pablo en ese momento es que lo desecharon, no juzgándose dignos de la vida eterna. Es decir, ahí hubo una clara y evidente reacción de rechazo.

Es evidente y claro que la intención de Pablo, es la de responsabilizarles por esa actitud y rechazo, y la pregunta surge espontáneamente ¿Cómo o de qué manera podían ser responsables, si no fueron elegidos? ¿Es eso posible? Claro que sí.

Por la misma razón de que Dios al elegir a un hombre para salvación, ese hombre no es libre de elegir ser salvado, de igual manera, al no elegir Dios a un hombre para salvación, ese hombre tampoco es libre de elegir ser salvado, aunque en su estado de naturaleza depravada siempre rechazará la salvación, porque eso es lo natural en él. En ese sentido, estará actuando como siente y quiere. Esa decisión será conforme a su criterio, por lo cual es y será responsable siempre.

La cuestión es clara. El hombre destinado a ser salvo, jamás pensó que lo iba a ser, y jamás deseó serlo, hasta que el Espíritu Santo empezó a trabajar en él, hasta darle vida: ***“Él os dio vida cuando estabais muertos...” (Ef. 2: 1)*** A partir de ese momento, y habiendo resucitado a la vida eterna, empezó a desear ardientemente las cosas de Dios, recuperando su libre albedrío el cual no estaba operativo a causa de la naturaleza depravada que le embargaba, por la cual estaba muerto.

Por otro lado, el hombre no destinado a ser salvo, de igual manera jamás pensó que lo iba a ser, y jamás deseó serlo, y siguió amando su pecado, viviendo de esa manera, con la correspondiente responsabilidad ante Dios, a pesar de que el evangelio le fuera predicado, como al anterior.

Esto último lo vemos claramente en ***Juan 3: 19, 20; “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas”.***

La luz vino al mundo. La luz vino a los hombres: se les predicó el mensaje de salvación a tantos; y todos los que lo rechazaron lo hicieron porque quisieron. En eso no hay duda alguna. Hicieron lo que era natural en ellos: pecar...y el pecado debe ser castigado.

Consecuentemente, el impío de todas las maneras, es responsable ante Dios por el rechazo del evangelio, y por sus actos, al igual que lo

era el salvo antes de ser redimido y sacado de esa naturaleza de muerte en la que estaba.

Por lo tanto el punto enfático aquí no estriba en la elección divina, lo cual es un acto de gracia, y por tanto inmerecida para el hombre, sino en la responsabilidad del hombre por su pecado. La elección es un acto de gracia, no un acto de justicia, en el sentido de que Dios no estaba obligado a salvar a nadie.

El hombre natural es responsable de sus actos, no tan sólo porque vive inmerso en su naturaleza pecaminosa de muerte, sino porque comete pecados, más o menos graves según el individuo, y por tanto será juzgado en su día ante el que se sienta en el gran trono blanco (*Ap. 20: 11; Ro. 2: 16*) y será juzgados según sus obras (*V. 13b*).

A. La conciencia en el hombre natural:

Cierto es que el hombre natural no tiene lo que se denomina "libre albedrío" en el sentido espiritual de la palabra, por su condición de muerto espiritual, al estar su hombre interior muerto en deleites y pecados (*Ef. 2: 1*), pero no es menos cierto que puede decidir pecar más, o pecar menos, ya que tiene inicialmente una conciencia, la cual le advierte conforme a la ley natural que Dios le ha dado (*Ro. 2: 15*).

"mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos" (Romanos 2: 15).

"Pero ellos, al oír esto, acusados por su conciencia, salían uno a uno, comenzando desde los más viejos hasta los postreros..." (Juan 8: 9).

Así pues, el impío no tiene la capacidad para anhelar las cosas de Dios, que son santas, y opuestas a la carne y al espíritu de este mundo, pero sí en cierta medida, y eso dependerá de cada individuo, tiene una conciencia que le advierte de lo que está mal. Digo que dependerá de cada individuo, porque hay conciencias más cauterizadas que otras, en función de la obediencia a esa voz.

Dicho esto enfatizo lo que ya dije anteriormente; esa conciencia, como todo lo que está relacionado con la gracia común, es un don de Dios al hombre, es decir, no es algo que el hombre pueda tener u obtener por sí mismo.

De hecho no existe nada que el hombre pueda tener u obtener por sí mismo. Partiendo de esa premisa, es fácil considerar que la salvación es un asunto exclusivo de Dios, ajeno del todo al hombre, así como

su propia vida, la cual es de Dios: *“Respondió Juan y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo” (Juan 3: 27).*

B. El contraste de la imposibilidad de creer para el impío y su responsabilidad por no hacerlo:

“El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenales habla; el que viene del cielo, es sobre todos. Y lo que vio y oyó, esto testifica; y nadie recibe su testimonio. El que recibe su testimonio, éste atestigua que Dios es veraz. Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida. El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él” (Juan 3: 31-36).

En este pasaje vemos a Juan el Bautista presentando razones por las cuales se debía reconocer la superioridad de Cristo sobre él. Explica que testifica sobre la venida del Mesías, y que casi nadie recibió su testimonio (la voz que clama en el desierto).

No obstante asegura que el Enviado del Padre, Cristo, habla las palabras de Dios, y que le dio el Espíritu en abundancia para hacer la obra. En ese sentido, anuncia la salvación que sólo está en el Hijo, y que se recibe por creer.

Sólo puede creer aquel al que se le concede:

“El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él”:

No hay mérito personal en creer en el Hijo, porque el llegar a creer necesariamente es una obra del Espíritu en un individuo: *“Por esto no podían creer, porque también dijo Isaías: Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane” (Jn. 12: 39, 40).* Vemos que Dios da ese don a quien quiere, conforme a Su misericordia (Ro. 9: 15), y no lo da, conforme a Su juicio (Ro. 9: 18).

Nadie puede creer sin la intervención del Espíritu Santo.

“...pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida...”: No obstante aquí, pareciera que encontramos un contrasentido. Si la fe es un don de Dios (Ro. 1: 17; 12: 3; 1 Co. 2: 5; Gl. 2: 20, etc.), ¿por qué esta escritura nos habla de “rehusar creer”? El que rehúsa, en este caso, creer, es que tiene la posibilidad de no aceptar la obra salvífica del Espíritu Santo, resistiéndole hasta vencerle. Esto no es bíblico.

De la misma manera que no se puede creer cuando Dios no quiere, tampoco se puede dejar de creer cuando Dios sí quiere. La voluntad determinativa de Dios es la que impera en definitiva. Pero si vamos al griego original, encontramos más luz. El verbo es "apeizeo", y tiene diferentes acepciones: 1ª acepción: desobedecer, no hacer caso, rehusar; 2ª acepción: no creer, ser incrédulo.

Vemos por tanto que el sentido varía. No es lo mismo "no creer" que "rehusar creer". Lo primero no tiene por qué obedecer a una voluntad libre necesariamente, lo segundo, sí.

El que rehúsa creer, es que tiene la posibilidad de creer, pero la rechaza, mientras que al que no cree, y según el sentido contextual que estamos viendo, no se le da la posibilidad de hacerlo.

La traducción de la King James Version, es la más correcta, y dice así: "He that believeth on the Son hath everlasting life: and he that believeth not the Son shall not see life; but the wrath of God abideth on him". Es decir: "El que cree en el Hijo tiene vida eterna y el que no cree en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él".

Como vemos, no es sólo una cuestión semántica, sino teológica, e importante.

En términos de responsabilidad humana:

Si todavía queremos mantener la acepción del verbo "apeizeo", que se traduce por "desobedecer", o "no hacer caso", aun "rehusar", ahora sí, hemos de verlo en términos de responsabilidad del hombre, por el mismo motivo que vemos en *Juan 3: 19, 20*; "...la luz vino al mundo...todo aquel que lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz..." Como venimos diciendo, los impíos que no son llamados a salvación, rehúsan la luz. Esa luz es el evangelio que se les predica, el cual rechazan, sinónimo de rechazar a Cristo. Eso es lo propio de la naturaleza pecaminosa, conforme a la depravación total del hombre.

2. La responsabilidad del creyente:

"Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo" (2 Corintios 5: 10).

Sobre este apartado, constantemente se enseña y enseñamos, y por tanto no voy a decir mucho aquí, salvo que es preciso constatar que el creyente verdadero es responsable ante Dios de su vida,

independientemente de la elección de Dios, como es el caso del incrédulo. En otras palabras, ante el Tribunal de Cristo, seremos los cristianos juzgados por nuestras obras, así como el incrédulo será juzgado por las suyas ante el que está sentado en el trono blanco (*Ap. 20: 11ss*).

El creyente no ha de preocuparse en cuanto a su salvación, pero sí ha de preocuparse de su santificación: *“pues la voluntad de Dios es vuestra santificación”* (*1 Ts. 4: 3*). En ese proceso de santificación, no sólo está involucrado el Espíritu Santo, sino también lo está el propio creyente, el cual, deberá buscar el andar en el Espíritu, desechando los deseos de la carne (*Gl. 5: 16*).

En este sentido, como creyente verdadero y guiado por el Espíritu, desechará las obras de la carne, tales como: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas (*Gl. 5: 19-21*), las cuales es imposible que un verdadero cristiano practique, y si las practica, es que jamás nació de nuevo, aunque profese ser cristiano (*1 Jn. 3: 8, 9, 15*).

Es preciso que los verdaderos creyentes, muramos, no sólo a lo terrenal: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría; cosas por las cuales la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, en las cuales nosotros, los creyentes, también anduvimos en otro tiempo cuando vivíamos en ellas (*Col. 3: 5- 7*), sino que también desechemos todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de nuestra boca, que no mintamos los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y habiendo sido revestidos del nuevo (*Col. 3: 8-10*).

Los verdaderos creyentes, debemos andar en el temor de Dios, sin caer en la trampa del juicio improcedente a los hermanos, lo cual es aborrecible a los ojos de Dios: *“Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo”* (*Romanos 14: 10*).

Y en cuanto a las obras de sobre-edificación, deberemos asegurarnos de que son conforme a Su voluntad: *“Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra*

de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (1 Corintios 3: 11-15).

Todos los cristianos somos llamados a sobreedificar para la gloria de Dios, empezando por los pastores, evangelistas, maestros, y todos los que conforme a Dios son llamados al ministerio, lo cual significa, servicio (servicio a los demás, no a ser servidos).

La motivación y actitud a la hora de obrar, es lo primero que será juzgado en el Tribunal de Cristo. La puesta en práctica del ministerio cristiano deberá ser hecha en amor y por amor, jamás por interés personalista. Esos diferentes materiales explicados por Pablo nos dan referencia del valor ante Dios de esas obras de servicio. Sólo las que se han hecho para la verdadera gloria de Dios tendrán un peso de eternidad: *“He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra” (Ap. 22: 12).*

En términos de responsabilidad, y de cumplimiento de ella en cuanto a realizar lo agradable a Dios, debemos hablar de recompensas. El que se dedica al servicio del Señor, si su obra permanece, recibirá recompensa (1 Co. 3: 8). En esta vida, el haber realizado la obra del Señor conforme a Su voluntad, con las motivaciones y actitudes correctas, llevando nuestra obediencia, no sólo por un celo, sino por éste cimentado en el amor a la verdad, y por amor, en plena certidumbre de fe (He. 10: 22), en santo sufrimiento (2 Ti. 2: 12), indudablemente ha de resultar en la obtención de recompensas. Esto la Biblia lo enseña: *“Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís” (Colosenses 3: 23, 24); “Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor” (1 Corintios 3: 8).* Claramente, la Biblia enseña que el Señor le asegura al creyente, que recibirá una recompensa justa y eterna por sus esfuerzos. Es obvio notar que en modo alguno se está enseñando aquí salvación por obras, lo cual es contrario a toda la enseñanza de este libro. La salvación es un puro acto de gracia de parte exclusiva de Dios al que salva, y porque lo salva. Estamos hablando de dádivas que Dios va a dar a todos aquellos que hayan sobreedificado bien (ver 1 Corintios 3: 11-15).

Sobreedifiquemos bien para Su gloria.

SOLI DEO GLORIA

Dios les bendiga.

© Miguel Rosell Carrillo, pastor de Centro Rey, Madrid, España Enero 2012
www.centrorey.org

Citas:

1. Dr. Shedd, cit. TEOLOGÍA SISTEMÁTICA, Lewis Sperry Chafer, p. 715.
2. TEOLOGÍA SISTEMÁTICA, Lewis Sperry Chafer, p. 713
3. Ibidem.
4. LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN, Ps. Miguel Rosell Carrillo <http://www.box.com/s/ufs8vsatlm7cqd5auilh>.
5. TEOLOGÍA SISTEMÁTICA, Lewis Sperry Chafer.
6. Carta de George Whitefield a John Wesley, en respuesta al sermón del Sr. Wesley titulado "Gracia Libre" Bethesda, Georgia, Diciembre 24 de 1740.
7. John MacArthur, Biblia de Estudio.
8. Ibidem.
9. Hno. Ricardo Estévez Carmona; <http://www.centrorey.org/nuevo%20site/temas44.html>.
10. Comentario Bíblico Matthew Henry.

(Pueden hacer copias y divulgar con libertad este libro y todos mis mensajes, sólo respetando la autoría. Dios les bendiga).

FIN

